



GUGL

EDITORIAL DUNKEN

Alejandra Juárez D'Aquino

ALEJANDRA JUÁREZ D´AQUINO

GUGL

EDITORIAL DUNKEN
Buenos Aires
2018

Juárez D´Aquino, Alejandra
Gugl / Alejandra Juárez D´Aquino.
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-763-620-8

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Contenido y corrección a cargo de la autora.

Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11723
© 2018 Alejandra Juárez D´Aquino
e-mail: alejandradaquino@gmail.com
ISBN 978-987-763-620-8

PRÓLOGO

“En realidad cualquiera nos puede aniquilar, de la misma manera que cualquiera puede conquistarnos, y esa es nuestra fragilidad esencial”.

JAVIER MARÍAS

El hecho de que en nuestras letras aparezca un libro de ciencia ficción constituye algo novedoso, algo que no es tan cotidiano ni muchísimo menos en tiempos en que lo que prevalece son otras modalidades discursivas. Eso, lo novedoso, lo original, lo decididamente elogiabile y agraciado, es lo que nos propone la joven Alejandra Juárez D'Aquino con esta novela breve que deparará al lector un universo ficcional bivalente. Dicha bivalencia establece diegéticamente la postulación de dos realidades diversas – hay, por si acaso vale la pena aclararlo, un conjunto de umbrales difusos que las enlaza–, divergentes: la de un mundo realista, verosímil, plausible (así se inicia la historia: con un personaje principal, Laila, que visita un centro en el que le proporcionarán lo que quizás pueda satisfacer su deseo, que se traduce en su objetivo de convertirse en una profesional de la programación), ubicado en un tiempo futuro incierto, habitado por una parafernalia de dispositivos y artificios hoy impensables; y la de un cosmos otro, que nos hace rápidamente asociarlo con tantos relatos leídos y vistos en el audiovisual: una pararealidad que está representada con todos los atributos oníricos o alucinados correspondientes. Más allá de la ciencia ficción instaurada en esta historia (nunca ha de olvidarse el significado prístino del género, aunque mucho no suele repararse en este origen lingüístico: “ficción de la ciencia”) que muy bien se conecta con ese subformato ligado a los mundos distópicos, en esta novela se advierte también la existencia del ingrediente

romántico, en el momento en que la protagonista cruza su camino con un sujeto que, entre otras cosas, hará que Laila se reformule su propio destino.

El acápite que arriba de estas líneas se asoma, que pertenece ni más ni menos que al genial Javier Marías, tal vez pueda desconcertar en este intento de prólogo, puesto que se trata, el español, de un autor que nada tiene que ver con la ciencia ficción. De todos modos, esa frase me sugiere que en la historia contada por este narrador que imaginó la autora ha de avizorarse un cúmulo de hechos, de circunstancias, en los que la fragilidad del ser humano, a pesar de su omnipotencia supuesta, está a la vuelta de la esquina, fundamentalmente si se trata de una situación como la aquí relatada: la (in)comunicación con los otros (en Gugl ha de tratarse de los diferentes personajes que van haciendo su aparición: de Izan, de Érica, de Bittor, de Borja, no importa: ciertas intervenciones del nombrado en último término se alzan como las favoritas), pero, sobre todo, la (in)comunicación con uno mismo.

Dicen que los prólogos deben ser cortos (así lo decía Quevedo, así retomó el consejo Borges). Este que está terminando acá no quiso ser la nota excepcional a esa saludable recomendación.

OSVALDO BEKER
OTOÑO DE 2018

PREFACIO

El motivo de este escrito es mi teléfono. Un simple aparato inerte y accesorio, pero que cada vez más vertiginosamente se va convirtiendo en algo indispensable en nuestro día a día, como una fuerza intangible que va tomando espacios de nuestra vida cotidiana sin que nos demos cuenta. Es genial y siniestro a la vez cómo uno se va volviendo dependiente casi sin darse cuenta. Mis mañanas arrancan con el canto de pájaros suave que de a poco van subiendo el volumen regulado por el celular que durmió a mi lado en la mesa de luz con la instrucción de despertarme: insiste hasta que lo apago. Inmediatamente después, miro la hora (aunque ya la conozco) y luego el clima (hora por hora) para saber qué ropa usar. Para esto ya tengo la notificación pendiente, y también otra que me informa acerca del viaje al trabajo: cuánto voy a tardar en llegar saliendo en ese momento y en cuánto tiempo llegará el próximo colectivo. Me levanto y, tomando mates, miro un poco las redes y, mientras viajo, voy escuchando música online y leyendo las novedades sugeridas en base a mis preferencias. La parte más oscura de todo esto es que no necesito decirle explícitamente al aparato cuáles son mis gustos o mis hábitos. No. Él lo sabe todo, no porque espíe por el micrófono o la cámara como alguien sospecharía, sino porque todas nuestras acciones en internet están registradas, nuestros movimientos monitoreados por GPS y nuestros emails en bases de datos en la nube. Cada tanto me sorprende con nuevas funciones como indicarme los estados de los vuelos que estoy por tomar o bien guardando en el mapa dónde estacioné el auto. Soy consciente de que

tienen información personal para poder brindar tal servicio. Mucha. Sin embargo, son tantos los beneficios que no me importa el costo.

Recuerdo que de chica tenía la pesadilla recurrente de perderme viajando, de tomar un tren y bajar mal, de combinar con un ramal equivocado y aparecer en un campo desierto. Hoy por hoy, mi pesadilla cambió. Los mapas solucionaron eso, ahora sueño que pierdo el teléfono, que se rompe, que me lo roban o que tiene virus. El hecho de tener un celular transformó mis miedos, mi inconsciente y mi esencia.

Hay una disyuntiva entre los beneficios tecnológicos y el costo. Un costo silencioso, inofensivo (o no) e inevitable que terminamos pagando. Es ese cuestionamiento el que me llevó a escribir esta novela, esta proyección a un futuro distópico encarnado en Laila que va transitando un camino lleno de ideas contrapuestas. Este relato tiene pinceladas de inspiración provenientes de las clásicas distopías *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury y *1984* de George Orwell, que determinaron un antes y un después en mi vida. *Un mundo feliz* es una obra de ciencia ficción con temática filosófica que dejó una marca, como un sello en mí. *Fahrenheit 451* presenta la idea de sentirse acompañado por algo irreal, inexistente y a la vez presente como lo es aquella habitación de pantallas que te responden haciéndote sentir en familia. Y no hace falta mencionar el impacto que tuvo en cada uno de nosotros *1984* y su Gran Hermano. Existen innumerables analogías entre esa obra y la información que brinda cada uno de nosotros, con la profunda salvedad de que *1984* transmite la sensación de vivir en carne propia la opresión y el castigo, mientras que en nuestra realidad somos nosotros quienes deseamos ser observados todo el tiempo compartiendo nuestra vida en las redes: una necesidad egocéntrica y de reconocimiento nos lleva a decirlo todo, a mostrarlo todo.

1

“¡Hoy es un gran día! Hoy empiezo a dedicarme a lo que siempre quise, Programación. Ya sé que no es la carrera que le gusta a la mayoría de la gente pero qué sé yo... :P. Somos unos bichos raros aquellos a los que nos gusta tanto lo social”, posteó Laila en LA RED mientras caminaba. Su paso se interrumpió por un aviso de selfie que sucedería en esa esquina. Se detuvo un instante, miró la cámara sonriendo y, tras escuchar el “chick”, siguió caminando. Se dirigía al lugar donde le sería dada la información necesaria para su carrera mientras recibía algunas notificaciones de me gusta de sus amigos y tal vez por ese despiste giró equivocadamente. Inmediatamente la voz le dijo: “Recalculando, deberías caminar hasta la esquina, doblar a la derecha, otra vez a la derecha y luego otra vez a la izquierda”. Con cierta expresión de sorpresa por el error que terminaba de cometer, aceptó las nuevas indicaciones y se preguntó qué haría sin los mapas. Entre paso y paso, su primo, que cumplía dos años más que ella, publicó: “Es genial pasar mi cumpleaños número 17 en mi nuevo trabajo manejando. Estos aerobuses son maravillosos. ¡Me fascina ver el mundo convertirse en pequeñas líneas de colores!”. Laila sonrió y reaccionó con una carita feliz. Él ya había terminado su aprendizaje para la tarea, a diferencia de Laila que hasta ahora sólo había recibido la preparación básica infantil de lectoescritura. A continuación, un video de su facultad: “Los programadores construyen nuestro futuro. Día a día dedicados a un bien mayor”. Desde que recordaba había visto videos, fotos, novelas y narraciones sobre programación. Llegó a su destino. Era un edificio con forma

cónica que tendría unos trescientos pisos y unos mil cien metros. Desde donde Laila se encontraba parada, a unos cinco metros de la entrada, daba la sensación de extenderse hasta tocar el cielo. En la vereda, que era bastante amplia, había una escultura que jugaba con la geometría de la misma manera que todo el edificio. Se trataba de un cubo de caras translúcidas que giraba sobre sus vértices. En su interior había un planeta que era teñido de distinto color según el plano que se interponía. La fachada era imponente. Generaba en el espectador la sensación de encontrarse frente a algo sobrenatural. La puerta de entrada se encontraba a unos dos metros de la vereda y algo por encima en altura. En ese espacio se proyectaban diferentes paisajes dependiendo del día y de la persona. Laila, ese día, veía agua deslizarse desde la entrada casi hasta donde estaba parada. Miró todo por un instante y se sintió un poco nerviosa ante tanta ostentación. Respiró hondo y se subió al círculo brillante en el piso que la llevaría flotando sobre el agua cristalina bajo sus pies hasta terminar el recorrido y luego ingresó al hall principal. Tras el primer paso adentro, sonó una voz de bienvenida: “Hola, Laila. ¡Bienvenida a tu destino! Acercate al sector veintidós donde vas a comenzar tu entrenamiento”. Luego la información sobre el sector empezó a presentársele lentamente. Supo que era aquel el lugar donde se transferían conocimientos. Cada paso que daba conocía con mayor claridad cuál sería su plan de estudios. Serían sesiones de transferencia de datos, intercaladas con un poco de dispersión y descanso seguido de la puesta a prueba para confirmar que el conocimiento necesario se había plasmado en su cerebro. Luego de esto podría iniciar sus tareas en DM (iniciales del nombre de la empresa, Destino Monitoreado).

Subió a uno de los ascensores y seleccionó el piso 118 (ya sabía que cada sector era un piso). En una fracción de segundo ya había llegado, se abrieron las puertas y le corrió

un frío por la espalda. El porcelanato brillaba bajo sus pies. Parecía un piso que nunca había sido pisado. Al levantar la vista vio muchos boxes impolutos con sillas ergonómicas. Todo era blanco. Todo relucía. Nunca había visto algo semejante. Ella misma parecía desencajar con tanto color en su piel y en su ropa. Se sentía incómoda. Habrían subido sus pulsaciones porque el chequeador de salud detectó algo de estrés. Se liberaron algunas endorfinas para relajarla. A continuación, la voz dijo: “Te invitamos a dirigirte al box cuatro” y sobre el blanco perfecto se dibujaron en el suelo las clásicas flechas de dirección. Ya más tranquila las siguió hasta el box y se quedó parada delante de la puerta durante unos instantes. Finalmente se abrió y apareció una mujer tras ella. En seguida, toda la información se fue desplegando en LA RED. Su nombre era Érica, parecía una persona divertida y con un gran interés por los animales. Estaba casada con un nadador profesional con quien tenía un hijo de catorce años que a los quince comenzaría el entrenamiento para neurociencias. En su última foto compartida llevaba un pantalón a rayas verticales, zapatos negros y un saco de jean semicasual. Su brazo pasaba tras la cintura del marido, quien vestía campera azul, pantalón negro y zapatillas de cuero blancas y la abrazaba a su vez. Estaban en la puerta de un restaurante. Se podía ver a través de la ventana todos los platos servidos con su video de cocción flotando al lado y las recomendaciones del chef para la bebida. Eso era un indicador de que el lugar debía ser lujoso. El título de la publicación eran simples corazones. Tenía 35 reacciones de pulgares hacia arriba, catorce corazones y cuatro comentarios. Laila sintió una gran empatía inmediatamente y le sonrió, a su vez una sonrisa se adjuntó a la publicación. Érica recibió esta información y le brindó una cálida bienvenida.

—¡Hola, Laila! ¡Veo que compartimos varios gustos, el helado, salidas con amigos y una gran pasión por los

animales también! -dijo, rompiendo el hielo, y continuó-. También veo tu gran entusiasmo hoy por arrancar acá. Esta es tu primera sesión y tal vez la más importante. Voy a acompañarte en este proceso. Pasá por acá por favor y dejá tus cosas acá -su mano señalaba un gancho en la pared donde colgó su mochila y su campera.

Las dos posaron juntas para una selfie en el ingreso del box tras recibir la señal y luego siguieron su camino. Una vez adentro, Érica la invitó a sentarse. Frente a ella había un dispositivo con una pantalla holográfica y en ella, el cubo de DM girando. A medida que uno de los planos del cubo se interponía entre ella y el mundo en su interior, la figura tomaba la tonalidad del plano y se veía diferente. Un lente distinto hacía un planeta distinto. El plano azul resaltaba fuertemente las colinas montañosas haciéndolas salientes y agresivas mientras toda la planicie y la continuidad de playas hacia el mar se tornaban azuladas, casi perdiéndose en el color de los océanos. En el plano amarillo, las planicies y los picos montañosos se unificaban y de pronto lo relevante de la imagen, el centro de atención, era el azul del océano. Luego pasó el verde y la superficie terrestre se amalgamaba y uno prestaba mayor atención a las formaciones de nubes que brillaban y formaban remolinos de color blanco sobre la tierra. El plano rojo parecía hacer desaparecer los límites entre los océanos, las montañas, las verdes planicies y el blanco de las nubes teniéndolo todo y convirtiendo al planeta en una esfera rojiza flotando en el centro del cubo como una piedra preciosa. Era un simple entretenimiento mientras uno no utilizaba aquel dispositivo y Laila lo miró curiosa un rato mientras Érica cerraba la puerta de su box y tomaba un vaso de agua. Le ofreció uno a ella también y aceptó.

-Bueno, te cuento: esto es un punto de conexión a la central de procesamiento de conocimientos. Todo lo que

aprendas, lo vas a hacer a través de este box en los horarios programados.

Laila tomó un trago de agua y continuó escuchando con atención:

-El procedimiento es simple. Vos relajate, tirate hacia atrás en el sillón, cerrá los ojos, incluso dormí si querés. Desde acá yo voy a comenzar el proceso y la máquina se va a conectar a tu GUGL y va a transferir la información lentamente a tu cerebro. Es un proceso que no es en absoluto doloroso. Los datos van a llegar a vos tan naturales como un mensaje de voz, un aviso de selfie, una indicación del mapa o un nuevo post de tus amigos. ¿Estás preparada?, ¿te sentís cómoda?, ¿querés algo más antes de comenzar?

Al escuchar la explicación se sintió tranquila, no parecía ser algo complicado.

-¡Estoy lista! -dijo, y posteó en LA RED: “¡A punto de empezar! ¡Qué emoción!”. Érica reaccionó a esto con un pulgar arriba. Se recostó sobre el sillón y cerró los ojos. Comenzó el procedimiento. Le llegó un mensaje: “Estás conectada a la central de procesamiento, vamos a compartir con vos todo lo esencial para ser programadora”. Inmediatamente después fue ametrallada con imágenes mentales, información que no llegaba a ser absorbida por la consciencia, y más datos, historia, rostros de personas, lugares, gestos. Era un flujo violento y constante, aunque no doloroso.

Mientras estaba en trance, cada cara del cubo holográfico de su terminal se dividió en cuadrados de colores más pequeños que tomaban una forma similar a un cubo rubik. Cambiaban de colores, primero lentamente, y luego a mayor velocidad como si fuese análogo a la velocidad del movimiento de información que ella iba incorporando en su mente. Cerraba sus ojos casi por instinto pero no dejaba de ver. Sentía todo su ser inundado de ideas que no le habían pertenecido nunca. Su mente no tenía

espacio para nada más. Nadaba en un mar de formas y colores cuyo significado a veces era tan abstracto que parecía incoherente o contradictorio. Se sorprendía, pero no tenía tiempo de reaccionar. Todas las ideas parecían propias, pero no lo eran, como si fuera un sueño prolífico cuyas imágenes provenían de la central de procesamiento en lugar del inconsciente.

Érica tenía en su holograma una imagen tridimensional del cerebro de Laila que se iba coloreando en diferentes áreas. La misma giraba para mostrar mejor cada ángulo y tenía flechas con información sobre cada sector. Iba reflejando el ingreso de información, la tolerancia de cada parte del cerebro y su estado emocional. Todos los monitoreos eran normales y el procedimiento se desarrollaba correctamente. Títulos y números fluían. Érica manejaba la interfaz holográfica controlando su estado a cada momento. El cubo en la interfaz de Laila había pasado de cambiar de colores a ir pintando cada cuadrado en los lados del mismo color azul intenso. El tiempo pasaba con velocidad y aproximadamente dos horas más tarde homogeneizó cada uno de sus lados y el procedimiento estuvo terminado. Salió de su ensueño lentamente y miró a su alrededor y vio a Érica que, parada a su lado, la miraba con ternura.

-¿Cómo estás? -preguntó. Al pensar la respuesta reflexionó sobre el hecho de que en sus quince años de vida nunca había experimentado algo semejante. Se sentía extrañada y poco a poco se dio cuenta de que no sabía nada nuevo en realidad.

-Me siento bien pero no aprendí nada -dijo, bajando la cabeza mientras la miraba con los ojos desilusionados-. ¿Cómo puede ser? ¿Salió todo bien? -preguntó. Casi en paralelo posteó: "Fin de la primera sesión y fracasé. No sé nada... :(". Érica respondió al post diciendo: "Tranquila, es normal :) ".

-No pasa nada, recibiste una cantidad muy grande de información y el cerebro no puede procesarlo de golpe, es necesario algo de asimilación. Al dormir decantan las ideas y se almacenan en la memoria permanente de manera natural.

Mientras la charla tenía lugar, GUGL había detectado en Laila sentimientos de decepción y liberó algo más de endorfinas para relajarla, lo que, combinado con las palabras y la respuesta de Érica en LA RED, la iban liberando de la tensión y la ansiedad que le había generado la incertidumbre.

-Así que andá a tu casa y descansa, dormí bien, diverte algunos días y volvé la semana que viene para tu próxima lección.

Llegó a su casa con el agotamiento propio de haber exigido su cerebro al máximo para el aprendizaje. Tenía una sensación de atontamiento difícil de definir, como si le costara pensar claramente las cosas más básicas. La puerta se abrió ante ella y, calculando mal las distancias al entrar, se llevó puesto el marco de frente. El golpe la sacó de contexto. Le parecía que la pared había aparecido frente a ella de la nada. Le llegó un video en cámara lenta, viciado de carcajadas, que posteaba su mamá. La había visto entrar y había capturado el instante con perfecta sincronía. Laila se rió y compartió una carita que lloraba de risa en el post y luego intentó caminar derecho y no chocar nada más a su paso. Su mamá le preparó una taza de té y luego de haberla tomado se sintió algo menos difusa. Charlaron un rato ellas solas sobre la experiencia que le había tocado vivir y las diferencias con el mismo proceso algunos años antes y luego el papá, que también reaccionó con la misma carita al post, se sumó a la conversación. Los tres cenaron luego una pizza de camarones. El primer contacto del alimento en su boca generó en ella una explosión de endorfinas y dopamina que parecían traerle de un tirón el alma al cuerpo y, unos

minutos después de sentirse satisfecha, la somnolencia se hizo presente y se adueñó de todo lo que sucedía a su alrededor. Saludó a sus papás, se sacó la última selfie del día con ellos y adjuntó “¡Buenas noches! Una hermosa cena en familia antes de decantar conocimientos :O ”. Su mamá le respondió: “¡Hora de digerir!”, y su papá: “Orgulloso de mi nena”. Laila reaccionó a ambos comentarios con caritas sonrientes y sonrojadas, y se dirigió a su habitación. Al acostarse, su asistente virtual le dijo: “Lai, necesitas descansar, ¡hoy no ponemos alarma!”. Cerró sus ojos con esfuerzo. Estaba verdaderamente agotada, muerta de sueño, pero no parecía que fuera a dormirse. Tal vez por la excitación por los eventos del día o por la ansiedad que le generaba pensar en el futuro. Lentamente se liberó adenosina para inducir el sueño y con cien por ciento de efectividad fue relajando cada uno de sus músculos, ralentizando la respiración que se volvía cada vez más profunda. Sus ojos cerrados miraban hacia arriba con movimientos cortos, acelerados y rítmicos hasta que finalmente se durmió.

2

Su mente se trasladó a una ciudad. Parecía un lugar lleno de lujos. Mucha gente, en una especie de trance, caminaba en la gran metrópoli sin identidad. De un lugar al otro, absortos en sus propias ideas. La mayoría no hablaba, caminaban rápidamente vaya a saber con qué destino. Sus caras carecían de expresión y sus miradas no se encontraban nunca. La postal presentaba un sol radiante, calor, poco verde, edificios, congestión de vehículos y bocinas. El sudor en la frente de las personas brillaba con pequeños destellos. Ropa bien arreglada, maletines y carteras, tacos en las mujeres, lustre en los zapatos de los hombres, maquillaje y gel. En los caminos había grandes carteles apiñados con mensajes de marcas que invitaban al consumo de productos. Parecía que no había mejor manera de llegar al público que invadir el espacio físico de la ciudad. En una esquina pudo distinguir una mujer concentrada mirando un libro pequeño. Por momentos sus ojos se movían apuntando hacia los lados o hacia atrás y volvían a su lugar. Luego de un rato caminaba hasta otra esquina y repetía el ritual. Pasó de mirarla de lejos a convertirse en ella y se encontró a sí misma mirando aquel libro que ahora estaba abierto en sus propias manos. Una de las dos carillas era una porción pequeña de mapa dividido por una cuadrícula, en cuyo margen superior había letras, y números en el izquierdo, de forma que cada cuadro que contenía una zona del mapa era identificado por un número y una letra. La otra carilla tenía la cuadrícula con los mismos números y letras, pero no había zona contenida en los cuadros sino números, 34, 133, 68. De alguna manera, Laila

supo que eran medios de transporte. Cada página era una porción contigua de mapa y el índice era por zonas. Tenía marcadas con papelitos adhesivos dos páginas del libro y, en cada una, una cuadrícula del mapa. Intentaba conectar los puntos, encontrar una forma de llegar de un punto al otro. Había comprendido qué debía hacer, pero no terminaba de comprender cómo saber en qué parte se encontraba ella. No había algo que la ubicara en la cuadrícula. Quiso encontrar en el lugar un punto de referencia, pero no veía nada entre tanta gente, no sabía en qué calle estaba parada. Era una avenida pero no podía identificar cuál.

Nunca había visto un lugar así. Toda su vida, al moverse por las calles, tuvo indicaciones que la ayudaban. Ahora en este sueño le faltaban los cartelitos brillantes que flotaban sobre ella. Tampoco estaban las líneas grises que se proyectaban hacia donde mirara indicando nombre y ubicación tridimensional de las calles a su alrededor, y mucho menos la línea formada por flechas brillantes en el piso que indicaba hacia dónde debería dirigirse para llegar a destino. No había nada. Era un espacio vacío de cualquier información, desierto, aunque lleno de gente. Nunca se había imaginado una vida de esa forma. Hubiera sido como imaginar vivir sin piernas o brazos. Es un cuestionamiento forzado y antinatural salvo para quienes no tienen sus extremidades verdaderamente. Sin embargo, ahora su sueño la ponía en esa situación. Había adquirido como herramienta aquella guía en papel que contenía los esquemas, pero debía encontrar las analogías por sí misma. Era un trabajo arduo y estresante. Caminó hacia una esquina y vio un poste con rudimentarios carteles que, aunque algo torcidos, indicaban los nombres de las calles. Le daban su ubicación para buscar en el mapa. Comenzó a buscar dónde estaba aquel cruce de calles y agradeció que estuviera en la página que estaba observando. Así y todo se sintió agobiada,

parecía una tarea demasiado difícil: su único objetivo era dirigirse de un lugar a otro. Finalmente, mientras caminaba por aquella avenida, encontró frente a ella un poste que tenía en la punta un cartel dividido en tres secciones. Cada sección llevaba en su parte superior un número y debajo un itinerario. El del medio era el número de transporte que debía tomar para conectar ambos cuadrantes en el mapa. Se quedó parada al lado de aquel poste a la expectativa de su arribo. Pasaron unos minutos y comenzó a sentirse extraña. No había nada que le indicara cuánto debía esperar. ¿Sería un minuto o un par de horas? ¿Estaría en el lugar correcto?

Mientras su mente aún navegaba la incertidumbre, se dispararon imágenes abstractas e incomprensibles. Lugares y eventos, que no parecían jugar ningún papel, se le presentaban y desaparecían deformados para la conciencia. Líneas brillantes como luces de neón se movían y conectaban con formas geométricas en cuyas caras lo que parecían ser recuerdos se proyectaban. En algunas de esas imágenes parecían distinguirse algunas situaciones de protestas, cerebros, bebés, arte, sexo, moda. Algunos conceptos no tenían forma de describirse. Parecía un movimiento de información sin filtro en el que era sólo espectadora.

Luego de un rato, el sueño cambió y fue transportada a un momento y un lugar concreto. Estaba sentada en un escritorio tapizado de papeles en pilas. Por encima de todos ellos había un cuaderno con espirales y tapa dura. Era de color rojo con un estampado escocés. Llamó rápidamente su atención y decidió abrirlo. Al hacerlo, notó que cada hoja contenía una fecha arriba, renglones con las horas del día al costado y en cada renglón un plan. No pudo evitar pensar en lo diferente que era de la agenda que ella manejaba. Incluso tal vez ni siquiera la manejaba, era la agenda la que le indicaba qué hacer a cada momento, confirmaba sus citas, le recordaba eventos e incluso programaba sus alarmas. Pero

sumergida en aquel sueño, ella era quien debía completar en el cuaderno la información necesaria para organizar el trabajo de alguien más. Tenía que escribir en los diferentes días y horarios las actividades a realizar. A veces le sobraba el espacio en el lugar asignado y otras pegaba papeles autoadhesivos pequeños encima para poder aclarar. Mientras estaba observando aquel papeleo, escuchó el sonido estridente que provenía del aparato de comunicación que tenía su lado. Levantó el tubo y del otro lado se escuchó una voz: “¿Me podés agendar, por favor, una reunión semanal con el director de DHM en la sala 2?”. Luego se cortó la comunicación. Pensó un instante en la solicitud que le habían hecho y rápidamente se dio cuenta de que debía escribir la misma reunión una vez cada siete hojas. En su mente iban surgiendo un montón de preguntas y se iba respondiendo sola. “¿Cuántas semanas agendo esta reunión?, bueno, serán algunas semanas y llegado el momento tengo que recordar agregar nuevas semanas. ¿Y si se cancelaba una semana en particular?..., tacho el papel y pego otro arriba. ¿Y los datos del director y de la empresa dónde están?..., ahh, está el otro cuaderno que tiene indicadores con letras, pero busco por orden alfabético la empresa o a la persona..., ok, tengo cincuenta por ciento de chance de acertar a la primera...”, pensaba, y de pronto cayó en la cuenta de un problema todavía más complejo, la reserva de sala. Había un cuaderno-calendario para cada sala, en el correspondiente a la dos debía chequear un horario que sirviera para todas las semanas que se haría el encuentro coordinando con el cuaderno-calendario. Abrió los tres cuadernos y empezó buscando en uno a la persona, con los otros dos comenzó a pasar carillas intentando encontrar la sincronización de blancos para agendarlas. Se sentía abrumada. No comprendía cómo podía ser tan complejo algo de tan baja importancia como agendar una reunión si lo importante era el contenido, no toda esta logística que volvía loco a cualquier persona.

Ahogada en su propia frustración se fue desprendiendo del sueño y abrió los ojos. Le fue informada la hora en su mente mediante una suave voz: “¡Buen día, Laila! Son las doce menos cuarto. Hoy tenés las siguientes actividades...”. Se sorprendió de saber que era tan tarde, había dormido mucho más de lo normal. Aunque ya había abandonado el estado de irrealidad, la frustración aún flotaba en el ambiente. No pudo evitar sentirse aliviada de no pertenecer a la época del escenario presentado en su sueño. Entendió que había naturalizado algo maravilloso: GUGL, LA RED y la central de procesamiento. Estos en conjunto resolvían los problemas más complejos y a la vez tediosos permitiendo tener foco en lo importante. Liberaba la mente de todo tipo de trivialidad.

Pasaron dos días más y antes de irse a dormir la voz le recordó que la mañana siguiente la esperaba su nueva visita a DM: era momento de evaluar esta primera etapa de conocimientos. Despertó con naturalidad al horario programado para dejar el sueño. Se levantó y se preparó para salir como siempre aunque con algo de ansiedad. Decidió compartir esta emoción con un video mientras se dirigía a DM en el que se la veía caminar por la calle desde diferentes tomas obtenidas por las cámaras sincronizadas en toda la vía pública conectadas a LA RED que, por el posicionamiento GPS, sabía exactamente cuál activar y en qué ángulo para poder realizar el seguimiento. Algunas tomas eran procedentes de las imágenes obtenidas desde los nodos móviles (personas que transmitían su percepción sensorial visual) permitiendo ángulos innovadores. Laila iba alegre realizando saltos cortos intercalados con pasos normales mientras señalaba diferentes cosas y hablaba para su público: “Algo nerviosa por rendir mi primer examen para ser programadora... Luego de este primer módulo, lo que puedo decirles es que estoy supercontenta de poder ir por esta calle hasta DM y ver qué calle es. Saber cuál es la de la

esquina también y la de más allá. Si me desvíó del camino, me entero en el momento y se me dibuja un nuevo camino de flechas para retomar. También conozco perfectamente a qué hora voy a llegar. Son cosas en las que no pensaba antes de haber recibido esta primera lección. ¡Más tarde les cuento cómo me fue!”. Érica reaccionó con una carita sonriendo y comentó: “Parece que te va a ir bien ;) ”.

Llegó al enorme edificio con impecable puntualidad, se paró ante el ascensor nuevamente sabiendo por sí misma adónde debía ir. Llegó al box y, al presentarse frente a la puerta, Érica la recibió como la vez anterior con la misma amabilidad:

-¡Hola, Lai! ¿Cómo fue ese sueño?

-Muy bien, ¡creo!, no me acuerdo demasiado lo que soñé pero tengo una sensación de frustración y aburrimiento, como si perdiera tiempo en cosas que no quiero.

-Es correcta la sensación. Vamos a empezar con la evaluación, ¿te parece?

Laila sintió de golpe que no sabía nada, que iba a fracasar. Se puso nerviosa y aumentaron las pulsaciones.

-No sé si voy a poder.

-Si no aprobás, simplemente repasamos de nuevo los conceptos -dijo Érica. Mientras tanto, GUGL había detectado el cambio de pulsaciones y ordenó al cerebro la liberación de serotonina y algo de las endorfinas de siempre para tranquilizarla y hacerla sentir mejor. Para cuando Érica terminó de hablar ya se encontraba nuevamente alegre y en paz:

-Tenés razón, ¡gracias!

Luego, Érica le explicó que el examen consistiría en una serie de preguntas, que Laila respondería con la sensación de que las ideas provenían de su propia opinión o intuición y no de un conocimiento científico del tema. Le explicó que

eso era normal y que simplemente dejara fluir la información.

-¿Cómo era la vida antes de DM? -dijo, enumerando su primera pregunta.

-Ufff... terrible la verdad. Se vivía resolviendo problemas que no deberían serlo, como llegar de un lugar a otro, organizar una cita, hablar con alguien... Me imagino lo que sería mi vida sin GUGL, no sabría ni dónde estoy parada.

-¡Genial!, contame entonces cómo funciona GUGL, llamado así gracias a su creador Larry Gugl.

-Nunca hubiera imaginado cómo funcionaba, antes me parecía magia. GUGL es un dispositivo que cada uno de nosotros tenemos y que está conectado al sistema nervioso central. Captura todos los impulsos eléctricos generados por nuestros órganos sensoriales, envía esa información a la central de procesamiento donde es transformada y devuelta al dispositivo que la vuelve a convertir en impulsos eléctricos y la envía al cerebro. Todo de manera instantánea y natural para el ser humano. De esta manera, permite que nuestra percepción de la realidad sea aumentada con información indispensable. Además, nuestra calidad de vida mejoró mucho, porque los viejos DRA (dispositivos de realidad aumentada) eran bastante incómodos: eso de tener lentes pegados en la cara todo el día, por más que fueran borrados de la percepción visual por la central de procesamiento, generaban irritación a la piel porque no respiraba y encima les entraba agua cuando te bañabas - dijo, frunciendo algo el ceño y negando a la vez con la cabeza-. Y todo eso por no mencionar que era sólo auditivo y visual, no funcionaba para el tacto, el olfato o el gusto ¡No podías probar los alimentos antes de comprarlos o sentir el perfume de una flor compartida en internet! Increíble que vivieran así, ¿no?

Laila hablaba con la verborragia propia de los nervios del examen:

-Claramente tampoco se mejoraba la salud con ese viejo aparato... Hoy por hoy GUGL monitorea los síntomas vitales de la persona y, ante una situación que le cuesta llevar adelante, estimula el cerebro a liberar endorfinas, serotonina, dopamina o alguna hormona acorde para estabilizar al individuo. Gracias a esto desapareció el estrés y todas las enfermedades derivadas de él. Entonces, más o menos, la idea, resumiendo, sería: intercepta los impulsos eléctricos y los transforma antes de llegar al cerebro y monitorea nuestros signos vitales cuidando nuestra salud.

Miraba hacia arriba mientras hablaba y enumeraba con sus dedos. Érica sonrió con algo de ternura y le preguntó: "¿No hay algo de lo que te estés olvidando?", Laila pensó un momento y recordó inmediatamente algo que parecía tan obvio que se sintió tonta de no haber nombrado. Sonrojada y sonriendo respondió:

-Sí, GUGL accede a nuestra memoria para permitirnos aprender de esta forma. La verdad lo tengo como algo tan natural que no me di cuenta de mencionarlo. Esto de poder estudiar sin tener que leer esos libracos que usaban antes, es otra de las maravillas que hoy puedo valorar habiendo aprendido este módulo.

Érica sonrió y asintió a la vez.

3

“¡Aprobé!”, posteo Laila, y recibió gran cantidad de reacciones ante la noticia. Se sentía maravillada de que había adquirido tanta información en tan poco tiempo. Antes la gente debía estudiar años para obtener menos conocimiento. Todo gracias a la habilidad del GUGL de acceder a los lóbulos temporales, como había aprendido recientemente. Caminaba las cuadras que debía recorrer hasta el aerobús saltando sobre cada una de las flechas en secuencia que, proyectadas en el piso, marcaban el camino. Estaba feliz. Había aprendido mucho y aprendió sobre todo a valorar todo lo que la rodeaba. Puso música e iba cantando. Mientras llegaba al punto de abordaje se iban publicando las fotos programadas para ser tomadas automáticamente. Era una alegría verdaderamente compartida.

Los días hasta la segunda lección se le escurrieron como agua entre los dedos y sin darse cuenta casi, estaba allí nuevamente frente al cubo que encerraba un mundo. Érica a su lado, el sillón, la relajación y el ensueño durante la conexión. Un nuevo cubo rubik comenzaba su danza y los datos fluían. Esa noche, su sueño comenzó despertando en una habitación. Una casa vacía. Se levantó y descubrió el silencio. No había mensajes en su cerebro, no había indicaciones, ni música. No sabía qué hacían sus amigos. Sentía hambre pero no había extractos de café, leche o tostadas. Tampoco de pan, ni una máquina reestabilizadora de alimentos. Vio un recipiente de madera con bombilla y un poco de yerba, una pava con agua, y supo prepararse el mate. Tomó algunos y comenzó a aburrirse. No pasaba nada. Solamente quietud y silencio. Comenzó a dar vueltas por la

casa, y se encontró a sí misma frente a un espejo en una pared. Se vio y vio un cuerpo gordo, flácido. Manchas en la piel de la cara. Sintió un rechazo profundo y ganas de taparlo. Dejó de mirar el espejo y siguió recorriendo el lugar. Encontró un control remoto y se preguntó qué encendería. Lo apretó y un sonido llenó el silencio y un cuadrado de luz empezó a mostrar imágenes. Era una especie de publicidad: una mujer delgada, ropa interior y el cuerpo con tonalidades doradas y brillantes tomaba una bebida en una playa paradisíaca. ¿Por qué soy tan diferente?, se preguntó sin que nadie la escuchara.

En un instante se encontró con esa misma ropa interior en esa misma playa pero no era el cuerpo perfecto de la publicidad el que llevaba, era aquel desagradable cuerpo cuya imagen le había devuelto el espejo hacía unos instantes. En ese sueño no había transformación entre lo que era y lo que otros percibían que era, no había maquillaje digital, la verían tal cual era. Se sintió avergonzada. Sin embargo, pasado el impacto inicial de verse en aquel lugar sin filtro, notó que nadie le prestaba atención realmente. Las personas susurraban y miraban de reojo a una pareja adolescente que, en una manta en la playa, se besaba apasionadamente. Sus cuerpos se confundían y por momentos los murmuradores que miraban fijamente, no entendían si la ropa que tenían puesta generaba alguna barrera entre ellos. Parecía generar en los espectadores cierto estado de exaltación, como si fuera un acto impúdico cerrar los ojos y acariciar piel, mezclar labios, intercambiar saliva y sentir calor corporal dejándose llevar por la excitación y el deseo a la vista de todos. En algunas caras se veía un rechazo profundo al espectáculo brindado por aquellos chicos. A algunos les era indiferente, pero intentaban desviar la mirada. Ella, que nunca había experimentado nada al ver a sus amigos en esa situación, o incluso en el acto sexual, sintió vergüenza ajena al ver la

actitud tan retrógrada que presentaban aquellas personas y quiso censurarlos.

El sueño, como el anterior, siguió moviéndose por imágenes abstractas aparentemente incomprensibles que tendrían sentido de un modo inconsciente. Al despertar había retenido más cosas que la vez anterior, recordaba haberse visto de una manera que sus ojos nunca habían visto a nadie, la vibración de la piel al moverse, el exceso de carne y la pobreza e invisibilidad de los músculos. El color pálido y las manchas en su piel. Se miraba al espejo con una sensación de incomodidad para confirmar que aquella imagen sólo existía en su mente y publicó: “¡Qué bien me veo y me siento hoy! Estoy contenta de que todos los días me acompañen en cada detalle de mi vida”. Salió la selfie de la mañana con una gran sonrisa desde el ángulo superior de la habitación.

Durante un rato decidió meditar respecto de la desfigurada mujer que había visto mientras recorría un poco el muro en LA RED:

“¡Hoy Mau encuentra familia!”, decía el post de un criadero de gatos. Mau era el último de una camada de siete siameses de pelo largo, con grandes ojos celestes un poco bizcos y esa mancha entre gris y marrón en la zona de la cara que los caracterizaba. Tenía un mes y aún se movía con la torpeza tierna de todo cachorro. Laila venía siguiendo la historia de esos gatitos y le hubiera gustado llevarse uno, pero su alergia se lo impedía. Así que los veía uno a uno irse con un anhelo imposible. Voló un corazón digital en el post para Mau y su nueva familia.

Navegó el mapa mental hasta una playa donde su amiga publicaba: “Precioso atardecer”, acompañando el texto con una imagen en movimiento en la que se veía una playa en la que la arena tenía tonos oscuros, el agua se extendía en un azul profundo y reflejos blancos con serenidad sobre la orilla y le era espejo a un cielo pincelado con naranjas, celestes,

blancos y grises. El sol gigantesco anaranjado se posicionaba en el medio de la postal. A su lado, a la derecha, montañas de las que sólo podían distinguirse su figura descansaban sobre el horizonte y hacia el otro lado se veían las primeras luces que habían sido encendidas en la ciudad a la lejanía. Delante de esa postal, su amiga posaba con el cuerpo desnudo en la orilla. El agua en un movimiento continuo avanzaba mojándola un poco y volvía atrás dejando que se escurriera de su cuerpo dorado generando en él pequeños destellos de luz. “¡Hermoso lugar y hermosa como siempre! ¡Disfrutá mucho!”. La amiga reaccionó con una cara sonriente a su comentario.

Miró pensativa la imagen y tras un suspiro reflexionó: “...manchas en la piel...”.

Se le presentó la historia de un hombre que se había perdido en una zona fuera de rango y había podido regresar. Tenía los ojos entrecerrados, rojos, y lagrimeaban, las cejas elevadas y juntas generaban una expresión aterrorizada. “Me llamo Jorge, les quiero contar esto que me sucedió hoy. Me dirigía a casa luego de un día de trabajo normal. Todos los días paso al lado del límite a una de las zonas fuera de rango cercanas a la ciudad. No comprendo todavía por qué, pero sentí curiosidad y un impulso me llevó a ignorar todas las alertas que sonaron y los caminos rojos indicativos de cómo regresar. Hubo un momento en que estaba solo en medio de muchas plantaciones de árboles y arbustos y de entre ellos apareció un monstruo. Nunca había visto algo tan terrorífico. Se acercó a mí velozmente y tuve pánico. Por suerte esa sensación no duró mucho, pero me ayudó a volver por donde me indicaba el sendero rojo a toda velocidad. Hay que cuidarnos, los monstruos nos quieren atrapar y no hay que darles oportunidad...”.

“...Ojos hinchados y pelo revuelto, ningún tipo de maquillaje proyectual...”.

“Comiendo en familia <3”, publicaban sus tíos que habían ido con sus primos a un restaurante y compartían los platos de comida servidos. Eran porciones abundantes y se veían verdaderamente deliciosos. Navegó hasta el espacio virtual del restaurante y probó la muestra gratis de una de las cartas. Estaba verdaderamente exquisito. Pensó lo extraño que habría sido ir a comer a un lugar sin haber probado virtualmente la comida en el pasado. Por suerte LA RED podía enviar los impulsos nerviosos del sabor del plato a través de GUGL al cerebro para conocer el plato más allá de la imagen. “Un día de estos voy a pasar por allí a comer ¡¡Qué rico!!”, comentó.

“Gordura, vergüenza, miradas, rechazo... qué forma extraña de vivir, desnudos ante los ojos de cualquiera...”.

Una mujer con un cuerpo esculpido a la perfección, del que se destacaban bustos firmes, una cintura de avispa y anchas caderas, se encontraba tomada de la mano de un hombre veinte centímetros más alto que ella, con la espalda enorme y un físico que parecía sólo estar compuesto de músculos. Ambos caminaban desnudos con movimientos armónicos y oscilantes en una selva. El sol se colaba por las marañas de árboles y se reflejaba dorado en sus pieles tersas. Sus rostros perfectos sonrientes se miraban y luego la miraban de manera sugerente e incisiva. La mujer dijo entonces: “Obtené provisión para un año de levantamiento de busto y reducción de cintura”. Fue interrumpida por el hombre: “O ensanchado de espalda, musculaturas y pene con un cincuenta por ciento de descuento compartiendo esta publicación en LA RED”. Luego, un logo que contenía los ojos de un tigre encerrados en un rectángulo. Debajo decía: “Felino - maquillaje proyectual irresistible”. Reaccionó con asombro a la publicación y la compartió pensando que le quedaría bien un poco más de busto en su imagen proyectual.

“...Quise censurarlos por censurar, ¿cuál es la ironía en eso?... me hubiera censurado a mí misma por la forma en que me veía más que por algún acto de placer y sin embargo para ellos era indistinto...”.

El dirigente del partido opositor al gobierno actual aparecía rodeado de hombres y mujeres de diferentes edades. “Como saben, se gasta dinero en la central de procesamiento, pero poco en seguridad. Tenemos que exigir mecanismos de bloqueo de zonas fuera de rango. Nuestra propuesta es la construcción de muros enormes que mantengan a los monstruos del otro lado para que podamos caminar seguros por las calles y no tentarnos a entrar. No te olvides de acompañar con tu voto al Partido Divisionista”. Sintió inmediato rechazo por esa propaganda. Ella sentía afinidad por Con-Ciencia, que era el partido que estaba en ejercicio del poder.

“¿Inmoralidad?..., ¿es que la moral acaso es relativa?”.

Diego y Paula, en la cama, balanceaban sus cuerpos con intensidad. A media luz, él se encontraba sobre ella. Podían verse las manos de ella acariciándole la espalda con las piernas una hacia cada lado, descalza, tensionando cada dedo de los pies. Los muslos de Diego eran como rocas que avanzaban y retrocedían. Su espalda era un conjunto de músculos fuertes que se deslizaban un poco con el movimiento. Ella suspiraba de placer. El movimiento se hizo más intenso y a él se le agitó la respiración. Paula clavó las uñas en la espalda de Diego y sus suspiros se transformaron, y ambos explotaron en un grito. “¡¡¡Divirtiendonos un rato!!!”, decía el post. “Qué bien la pasan algunos”, comentó Laila, y Paula respondió al instante: “¡¡Gracias, Lai, estás invitada :D !! Beso”. Sonrió y reaccionó sonriendo.

Sonó la alarma y se dirigió a rendir el examen que Érica prometió que sería corto. Charlaron sobre lo aprendido, sobre la forma en la que la gente vivía antes de poder comprar sus mejoras proyectuales y la vergüenza con la que

se veían obligados a sentir, todos conceptos que ya había asimilado plenamente. Laila comentó sobre lo moral y lo inmoral. La había asombrado en profundidad el hecho de que pudiera cambiar tanto dependiendo del momento de la historia. La moral era relativa. También se sorprendía por la soledad en la que se vivía y el silencio mórbido que le fue tan difícil de tolerar. Esta había sido una lección sobre la vida de cada individuo en cosas menos superficiales que la ayuda de GUGL en lo cotidiano. Permitía comprender hasta qué punto había penetrado nuestra existencia permitiéndonos sentirnos libres y acompañados siempre. Nadie sentía vergüenza nunca ni era inmoral lo que hiciera en su día a día. Tampoco nadie estaba solo jamás. Aprobó esa segunda etapa muy fácilmente. Parecía absorber los conocimientos como una esponja. No había barreras entre el cubo y ella. Parecía que la central de procesamiento trabajaba para ella. “Otro día de pleno conocimiento en DG. ¡Cada vez más feliz con la carrera que elegí! ¡Buen día a todos!”, y salió la selfie mientras caminaba.

4

El tercer sueño estaba por llegar. Había que digerir información nuevamente. Sabía que los primeros dos eran introductorios, un ciclo básico que permitía conocer a todos la historia y evolución de GUGL, su impacto en la humanidad y en cada persona. Era información que definía una identidad como conjunto y era obligatoria para todas las especializaciones, pero ahora comenzaba todo lo propio de su carrera, Programación. En su cama miraba fijamente el techo, ignorando mensajes que pasaban de largo, sólo pensaba en lo que sería su vida después de terminar de estudiar. Generó algunos posts acerca de eso y llena de ilusiones intentó dormirse. Al cabo de unos segundos se liberaron los químicos correctos y comenzó a soñar.

Hacía calor y daba la sensación de ser así durante todo el año en aquel lugar extraño. Los caminos eran de tierra y había algunos árboles, poco pasto y arbustos de colores ocres. Amontonamientos de chapa formaban algo parecido a cuevas. Telas, lonas y mediasombras se enganchaban entre sí y cubrían las chapas para dar mayor protección del calor a aquellos que habitaran allí. En algunos casos, alrededor de las casillas, se encontraban una mesa y algunas sillas o banquitos corroídos por el paso de los años, un tambor con brasas y alguna masa cocinándose arriba, tal vez una pava con agua hirviendo. Entre tantos objetos había gente, personas como nunca había visto o imaginado. Eran flacos, pero muy flacos, con la piel pegada a los huesos en todo el cuerpo, a excepción de la panza que en algunas personas se hundía bajo las costillas y en otras se inflaba como un globo hacia afuera. Sus ojos parecían salirse del marco de la caras

huesudas. Los chicos tenían las cabezas desproporcionadas para tan chiquita estructura ósea y los más grandes llevaban grietas en la piel. Parecían pintados con tierra, pero era su propia dermis que daba la sensación de estar compuesta de tan sólo una capa de barro seco sobre los huesos. Era una imagen impactante y desgarradora. Esas personas se encontraban desparramadas en el escenario, algunos chicos con los pelos duros de mugre y mocos en la cara asomaban de las casillas. Había mujeres con bebés en brazo sin nada de alimento en el pecho para esas criaturas sentenciadas de por vida a tener hambre. Todos se veían al límite de la muerte misma, no había en ellos ninguna luz de esperanza.

Un nene con enormes rodillas se encontraba con sus ropas roídas de años junto a su mamá. Le escuchó decir “tengo sed” mirándola con los ojos vidriosos, y la madre, acostumbrada a la decepción, le respondió que no había más agua. En un instante en el sueño se metió en la piel de la mujer y ella misma era esa madre. Pudo sentir en carne propia el hambre que dolía en el cuerpo y, peor aún, la necesidad de agua. Su boca suplicaba por algo de líquido que despegara la lengua del paladar y calmara el dolor en sus labios partidos de secos. Miró sus manos reseacas y huesudas. Sus brazos eran sólo huesos color ocre. El calor la agobiaba. Hacia donde mirara había vahos que se levantaban del suelo hacia arriba deformando levemente el paisaje. El sol dolía y el viento era caliente y lleno de partículas de polvo que secaban a cada instante más y más su cuerpo. Sintió un tirón del trapo que la cubría y bajó la vista. Dos grandes ojos la miraban con fijeza. Amaba a esa criatura intensamente, pero no podía darle nada. El nene lo sabía, pero eso no impedía pedir nuevamente y luego resignarse por otro rato. La única canilla en todo el barrio tenía agua de a ratos y no era suficiente para todos. Comprar botellas era impensado. El poco dinero que veía

pasar provenía de alguna changa que pudiera conseguir su compañero de vida que no pasaba los veinte años de edad. Ella misma no tenía aún dieciocho. El Estado les repartía migajas que no solucionaban nada, pero estaba agradecida por ello. Les permitía al menos un poco de arroz o fideos para alimentar a sus hijos con algo más que un mate cocido cuando había. Algunas organizaciones les daban ropa o colchones descartados por otras personas. Había algunos lugares con cruces rojas en la entrada en donde algunas veces los cuidaban y otras veces sólo los veían morir. Supo que sus días transcurrirían así: un lento camino a la muerte que sería estirado por las pocas dosis de líquido que les fuera dado y lo que pudieran conseguir para comer con el casi nulo dinero que tenían o que encontraran en basurales cercanos.

A su alrededor había muchos chicos. Algunos jugaban con bolitas de vidrio. Había también hombres y mujeres agobiados, y una de ellas, que la había estado observando, se acercó con una botella de agua medio amarronada. La miró con compasión y extendió su mano con la botella en señal de ofrenda. En su propia miseria compartía su elixir vital con ella y su hijo. Le dio al nene un poco y tomó ella otro poco.

-Me quedó un poco de la última lluvia... -dijo la mujer. Ella se sintió agradecida.

-Mi marido hoy por ahí traiga algo de comer, por ahí haya algo para ustedes también.

Con esa última imagen, salió del cuerpo de la mujer y flotando se movió a un lugar totalmente blanco, sin dimensiones y suspendido en el tiempo. Dejó ir la emoción de profundo dolor que había vivido, el hambre en las entrañas, los ojos suplicantes de su hijo, el calor espeso y la tierra corroyendo su piel, la sensación de placer al beber aquel brebaje parecido al agua, todo se iba disolviendo. Se iba convirtiendo en un recuerdo que estaba presente pero

no dolía, como si hubiera visto toda la secuencia en un video en la red y no en carne propia. En ese lugar, ese espacio vacío e inmenso, liberaba toda la emoción que se le había estrujado en el pecho. Se iba expandiendo lentamente en el infinito. Iba perdiendo su concentración y, en un tiempo que parecía no poder medirse, se sintió mejor.

Lentamente se fue dibujando un nuevo escenario, un espacio con mayor densidad de población, mayor densidad de chapas y paredes de ladrillos sin revocar. Hasta dos o tres pisos de altura llegaban a tener esas construcciones precarias. Desde la perspectiva en que ella miraba sólo se veían ladrillos con huecos cuadrados que parecían ser ventanas, algunas cortinas saliendo de ellas, chapas, más ladrillos, todos pegados. Se sentía ahogada de sólo mirar el entorno. En los pasajes había mucha gente. No parecían tener hambre, al menos no todos, pero su situación era precaria. Andaban descalzos o con zapatillas rotas que no eran de la talla correcta, caminando en un pasaje entre todas esas casas de ladrillos. Un chico de unos 25 años estaba parado en la puerta de una de ellas. Llevaba un gorro gris, pantalón de jean sucio y gastado en el frente y una remera negra que le llegaba un poco por debajo de la cadera. La miraba fijamente con la cabeza un poco hacia atrás, los ojos entrecerrados por la postura, y sus labios estáticos y algo fruncidos. Se percibía la hostilidad y desconfianza en todo su lenguaje corporal. Ella caminó rápidamente para pasar de largo. Tenía miedo. En su andar llegó casi a una esquina en que estaban sentados tres hombres jóvenes, su ropa no estaba rota y llevaban cadenas grandes y brillantes, relojes y anteojos negros. Uno de ellos jugaba con algo que había sido desconocido para ella durante toda su vida pero que ahora parecía conocer desde siempre, un arma. Más atrás en la escena, una habitación completamente cerrada, salvo por un pequeño hueco con un cajón de metal por donde se intercambiaban droga por

dinero, operaba sin pausa. Se dio cuenta de que miraba la escena del intercambio con demasiada atención, lo que provocó que los tres hombres sentados se pusieran de pie y comenzaran a acercársele. Uno le apuntó a la sien con el arma. Pudo sentir la trayectoria de la bala hacia su rostro y supo que era el final.

Nuevamente se desprendió de la intensidad del sueño por unos momentos mientras otro gran flujo de datos iba tomando forma en su inconsciente. Un campo. Un gran espacio verde con plantaciones. Había muchos hombres trabajando la tierra. De un instante a otro ya no estaban. Majestuosas máquinas tomaron su lugar realizando el trabajo con precisión. Un momento más tarde, un pequeño lugar donde un hombre mayor enseñaba a trabajar la madera a un chico se desvanecía en el aire y a continuación una fábrica con la cinta de montaje y muchos hombres alrededor tomaba forma. Dejó de ver hombres. Luego, gente en oficinas tapados de papeles y, tras ello, su antítesis, las computadoras. Comenzó a visualizar la información, la automatización, el progreso. Eran imágenes cortas pero altamente efectivas. Se le fueron presentando en secuencia, intercaladas con algunas incomprensibles descargas inconscientes. Unos días más tarde Érica comenzó el examen:

-¿Qué pensás respecto de tu tercer aprendizaje?

-¿Qué te puedo decir? Este ciclo fue más intenso que los anteriores. Más que sueños parecían pesadillas al decir verdad, pero creo que entiendo cuál es el punto. El progreso generó miseria. Pueblos fantasmas y otros dominados por las drogas. Superpoblación. Llegó un momento de crisis y hubo que repensar la sociedad.

-Exacto. ¿Cuáles fueron más concretamente los desencadenantes de la crisis?

-Inicialmente el proceso de industrialización, los artesanos no podían competir y se convirtieron en obreros.

Las líneas de montajes generaban villas miseria a su alrededor. La mecanización, luego, con el avance de la robótica fue volviendo prescindibles a las personas. Finalmente la era de la informática hizo que casi todas las tareas manuales fueran realizadas por máquinas. La llegada de GUGL fue el último eslabón de la cadena. Los seres humanos y la central de procesamiento de alguna manera tenían que encontrar una forma de convivir sin miseria.

-Bien...

-La solución fue el plan de despoblación. Había en el mundo una pobreza estructural creciente. Muchísimas personas sin recursos no se alimentaban bien en etapas tempranas de la vida. Esto hacía que sus cerebros no se desarrollaran en su máximo potencial y entonces no tuvieran las mismas competencias para desempeñarse en el escaso mercado de trabajo existente frente a personas con acceso a mejores nutrientes. Tampoco había una educación pública de calidad que permitiera obtener conocimientos básicos para desempeñarse en un trabajo. En ese tiempo se leía directamente de los libros y apuntes y ni siquiera tenían comprensión de texto. La corrupción en la política tomó la situación a su favor y propiciaba aún más la miseria con la posterior intencionalidad de generar votos cautivos. Lo hacían dándoles una ayuda proveniente del pago de impuestos del resto de los ciudadanos y, a cambio, pedían la retribución con el voto. Quien no cumpliera o se resistiera sería castigado, no sólo no recibiría ayuda, sino que llegaría a pagar esa deslealtad con la vida misma. De todas maneras, aquellas personas no veían en el voto nada que pudiera cambiarles verdaderamente la vida, con lo cual eran completamente funcionales al poder. Víctimas y herramientas. Las migajas servían para una mala alimentación por momentos ausente. Esas familias no planificaban su crecimiento ya fuera por falta de conocimiento o de conciencia, tenían muchos más hijos de

los que podían alimentar. Los bebés eran utilizados para pedir dinero. Les proporcionaban drogas para que, mientras mendigaban, el bebé durmiera. Esas criaturas se convertían en adultos y una gran parte de ellos asaltaba o entraba en el mundo de la droga, donde le esperaba una vida muy corta. Otros querían trabajar tal vez, pero también eran víctimas de su propia historia y no conseguían empleos. Incluso si lo hubiesen conseguido, los trabajos que requerían fuerza física se iban reduciendo a medida que las máquinas avanzaban, y los trabajos intelectuales quedaban fuera de su alcance por no poseer las competencias para ello. Sólo les quedaba recibir migajas del Estado, pedir dinero o realizar alguna changa para ir “tirando”. Las mujeres crecían en ese ambiente donde eran abusadas sexualmente desde chicas, la droga era el único medio de supervivencia y muchas se dedicaban a la prostitución. Quedaban embarazadas y nuevamente el ciclo. La mortalidad infantil en las clases más pobres era atroz, y los que llegaban a la adultez tampoco tenían una adultez tan larga. Todo eso llegó a situaciones límites y finalmente las organizaciones mundiales que estaban al tanto del problema comenzaron un proyecto cuya ejecución sabían que excedería sus propias vidas. Sería llamado Plan de Despoblación y su fase uno consistió en que todos los países aceptaran la implantación de GUGL en todas los niños que nacían. Poco a poco, con el paso de 150 años, sucedió que el hito estaba cumplido. La humanidad en su totalidad tenía su GUGL. En paralelo, debería dejar de haber misterios en el funcionamiento del cerebro. Procesos de aprendizaje, memoria, impulsos del sistema nervioso, hormonas reguladoras, todo debía conocerse en su totalidad. Para los 200 años de puesta en marcha del plan, ya se podía ir incorporando conocimiento y direccionamiento del deseo en las generaciones venideras, El conocimiento era con un método más rudimentario que el que se utiliza hoy en día, pero a la vez efectivo para transmitir datos básicos. Toda la información sobre la

anticoncepción fue incorporada en la base de conocimientos de cada ser humano y luego se impulsó el deseo de no tener hijos. Ese avance marcó la primera forma de ordenamiento social. La forma de dirigir el deseo era activando las amígdalas del cerebro pertenecientes al sistema límbico para generar la sensación de asco, y otra perteneciente al lóbulo temporal para generar miedo cada vez que el individuo percibiera cualquier estímulo que tuviera como tema subyacente la paternidad en hombres y la maternidad en mujeres. Esto ponía en marcha un plan de reducción de la población más pobre de una forma natural, mientras que las clases medias y altas que tenían densidad poblacional decreciente fue incentivada a la proliferación para mantener su número. Ese fue el plan de despoblación. Las clases bajas fueron reducidas en número gradualmente hasta que finalmente desapareció. En paralelo a la despoblación corrieron otros planes como el de la anticorrupción. Todas las personas debían ser íntegras y hoy todos los GUGLs inducen, mediante los métodos descritos, los valores de moral y ética que compartimos en nuestra sociedad.

Laila se sentía aliviada de que la humanidad hubiera dejado atrás una etapa muy oscura y de mucho dolor encontrando una salida que la convirtió en una mejor especie, en la que la barbarie ya no existía, no se necesitaba temer a nada. La gente se ayudaba una a la otra porque esos fueron los valores inculcados. Miró a Érica unos instantes en silencio por la emoción.

-Bueno, veo que aprendiste a un nivel profundo el conocimiento de este módulo. ¿Estás lista para tu último módulo? -dijo, y Laila asintió.

5

Su sueño comenzó despertando. Inmediatamente cayó sobre ella un profundo pesar al descubrir que debía ir a trabajar. Debía realizar un día más la misma rutina que creía haber realizado durante años. Un trabajo que no la hacía feliz. Se dirigió al baño y, al mirarse al espejo, vio la imagen de un hombre agotado, con la piel gruesa e inflexible, las arrugas surcando las sienes profundamente y las comisuras de los labios dándole una expresión dura. Los párpados superiores caían sobre los ojos sin fuerza lo que provocaba una mirada gris y sin emociones. Tenía el cabello corto color negro con manchas grises que parecían extenderse un poco por encima de las orejas hasta la nuca. La barba empezaba a asomar y supo que debía cortarla. Mecánicamente levantó la gillette y se afeitó. No había vitalidad en el movimiento. Terminó el ritual y volvió a la habitación sin siquiera mirar a su alrededor. Tomó la ropa que se encontraba sobre un sillón y se metió dentro de ella. Arrastró su cuerpo hasta la cocina y calentó café negro. Sin azúcar. Lo tomó de un sorbo sin que el líquido permaneciera en su boca el tiempo suficiente para que sus papilas sintieran el gusto. Otro día transcurría como todos los días, sin brillo, sin vida. Otro día gris. En una fracción de segundo vivió infinidad de veces la misma rutina: Despertar. Café. Trabajo. Dinero. Compras. Conocer gente efímera. LA RED. Sonreír. Comer. Despertar. Más café...

Una repetición eterna e invariante. Un engranaje en un sistema gigantesco que funcionaba por sí solo, en el que se podía existir o no y no habría diferencia. Su rutina era de supervivencia sin motivo, sin sentido. Cada día en su apagada vida seguiría igual al día siguiente. Luego de ver

pasar días y noches idénticas en su manifestación inconsciente, una repetición fue diferente. Fue como cada mañana al baño, tomó la gillette para afeitarse y supo que ese día no sería así. No lo haría otra vez. Miraba el brillo en el borde filoso y su corazón comenzó a latir con fuerza, con más fuerza de la que jamás había sentido, y se reveló ante él el destino que le esperaba. Con determinación acercó la gillette a un brazo y cortó la piel hasta una arteria. El dolor no importaba. Era como si se estuviera yendo de su cuerpo al realizar esa acción. Luego siguió con el otro brazo y, cuando finalizó, relajó todos los músculos del cuerpo. Arrodillado en el piso, sentía la sangre fluir tibia desde los cortes en sus brazos. A borbotones primero y luego más lentamente iba cubriendo sus manos y piernas. De a poco el piso. Muy lentamente, su espíritu se iba liberando. Muy lentamente, se sentía embriagado de una lujuriosa forma de libertad. Una sonrisa se dibujaba en su rostro y, con una expresión laxa, se agotó su aliento.

Despertó algo confundida, como si no pudiera despegarse del todo del pesar de aquel hombre que había vivenciado en carne propia. Se preguntaba si habría sido una historia real la que su sueño le presentó esta vez con lujo de detalles. Miró a su alrededor y cada objeto en su habitación parecía llenar de alegría el ambiente. Su cama, con el hermoso acolchado verde manzana y peluches a los lados, las paredes con los pósters en movimiento de su banda favorita, los cuadros proyectuales de fotos con todos sus amigos, y su computadora-escritorio con su rosa favorita perfumando el ambiente mientras no la utilizaba. Miraba tratando de recordar que sólo tenía quince años y podía hacer lo que quisiera con su vida. Recorría cada detalle de su pieza intentando que volviera a su cuerpo ese sentimiento para dejar de lado la opresión de ese hombre que como un pájaro había sido encerrado y ya no quería cantar. Poco a poco, GUGL cumplió su función liberando los

químicos necesarios para balancear nuevamente su estado anímico.

Había dejado ir el sentimiento del sueño. Entendió que el objetivo estaba cumplido, tenía en claro por qué se programaba. Era fundamental. Era humano. No había persona en el mundo que mereciera una vida llena de vacío. El secreto era amar lo que se hacía. Levantarse feliz cada día en cumplir el papel que a cada uno tocaba. Programar era guiar a cada persona a desear su destino, a percibir la vida de una manera diferente con el fin de que fuera feliz en su papel.

El conocimiento acerca de cómo se programaba lo tenía de antemano, no sabía bien desde cuándo, pero sabía que si se necesitaba un perfil específico de personas, se programaría la gestación de un grupo de personas destinadas a amar esa tarea y que serían inducidas a través de propaganda personalizada en LA RED. La realidad se les presentaba decorada, teñida de un color particular para que vieran un camino y no el otro. Los lados del cubo. Un filtro determinado mostraba el mundo en la forma deseada. La realidad de cada ser humano era diferente y específica. Con sus propias reglas de ética y moral, cada una permitía un marco de perfecta aceptación de la tarea a realizar. Antes de la programación, ese condicionamiento del individuo se daba en forma errática, por azar, generando caos a nivel social. Programar no era una tarea fácil y no lo sería para ella. Iría perfeccionando la técnica con el tiempo, pero comprendía por fin el porqué y el cómo de la Programación. El mecanismo que había comenzado con el Plan de Despoblación Mundial, ahora se utilizaba para hacer feliz a la humanidad en su conjunto, mientras que la especie evolucionaba eficientemente. Ese sería su trabajo, su objetivo, y no podía amarlo más. Había sido influida para ello, lo sabía y se sentía feliz y agradecida.

6

Habían pasado cinco años del fin de sus estudios y el ingreso laboral a DM. Su trabajo como programadora era excelente. Sentía haber nacido para eso y lo había hecho. La empresa era gubernamental y tenía dos grandes departamentos, el de Investigación y Desarrollo (I+D) y el de Aplicación. Mark era de I+D. Se cruzaron en el comedor mientras tomaban un café.

-... y entonces los resultados del análisis dieron que teníamos que lograr por lo menos dos mil profesionales más del área de ecología. Así que iniciamos el plan que les pasamos a ustedes -dijo, cerrando más o menos la idea que llevaba.

Laila lo miraba algo extrañada. Era increíble la capacidad que tenían de una visión macro de la sociedad para determinar qué perfiles serían requeridos en las próximas generaciones.

-Muy bueno... Es muy loco cómo llevan adelante esos análisis. Me gustaría poder entender, pero cada vez que me puse con todos esos números y estadísticas, me explotó el cerebro de aburrimiento la verdad -dijo, y Mark sonrió.

-No es tan complejo... Si uno lo piensa, la estadística, que es casi la herramienta más importante en el mundo moderno, es sólo una cuestión de sentido común en muchos casos, aunque tengo que reconocer que a veces el sentido común es difícil de encontrar -dijo, y sonrió con picardía. Tras una pausa continuó-. Pensá en los AB test por ejemplo, la gente está acostumbrada a pensar que son supercomplejos.

-¿Es que acaso no lo son? ¡Dale! No me vengas con esas boludeces... Es difícil -señaló, e hizo un gesto de desdén girando la cabeza un poco a un lado.

-Pensá esto... Si vos estuvieras convencida de que una acción va a impactar de una manera, ¿qué harías para probarlo? Por ejemplo... A ver... -dijo, mientras, pensativo, miraba para arriba y se rascaba un poco el cachete derecho-. Digamos que quiero validar que si le mostrás en cada historia, novela, publicidad o juego, que el individuo ve un fondo de playa durante todo un año, el individuo irá de vacaciones a la playa. ¿Cómo harías?

-Uff... ¿No ves lo que te digo? ¿Qué sé yo?... Les mostraría las publicidades y vería si van a la playa al año.

-No estás tan lejos... Si suponemos que al año fueron a la playa, ¿cómo podrías saber que fue porque llenaste de fondos de playa todo lo que ve y no casualidad?

-Ni idea... -dijo, y ya se estaba aburriendo un poco de la charla. Miró para el dispenser de café como si hubiera algo más interesante allí. Tal vez para ella lo había-. Es todo difícil con ustedes -agregó, y Mark se rió.

-Nah, no lo es tanto, si probaste eso en un grupo de personas, tomás otro grupo igual al que no le muestres las publicidades. Si al final del año fueron en una proporción significativamente mayor los del otro grupo, es que la hipótesis que querías probar se verificó. Grupo A y grupo B. Es más simple de lo que parece.

Hizo un silencio como empacada, sin dejar de mirar ese punto. Luego cortó ese trance y lo miró como volviendo a la conversación.

-Está muy bien... Prefiero el misterio igual -dijo sonriente-. A mí me gusta más la acción, chequear si cada individuo va para el lado que se supone que vaya. Es un marco diferente y menos abstracto. Acá se ve la diferencia en nuestros trabajos.

-¡Y sí! ¡Fuimos programados por tu gente para amar cosas diferentes! Y a la vez mi gente supo que seríamos necesitados en nuestros puestos. ¡El círculo cierra perfecto!

-¡Totalmente! Deberíamos ir volviendo, ¿no?

-Sí, tengo una pila de números que analizar.

-Y yo tengo que revisar a mis queridos futuros ecologistas...

Se despidieron y volvió a su puesto de trabajo. Estuvo concentrada programando al grupo destinado a la ecología hasta que una alarma sonó indicando que debía asistir a una reunión. Se acercó a la sala y Érica, que había sido su mentora y jefa durante todos estos años, la estaba esperando sentada en un sillón de oficina tras una mesa blanca arriñonada. En el sillón, a su lado, se encontraba un hombre.

7

En el momento exacto en que sus ojos se posaron en él, se liberaron grandes cantidades de adrenalina, dopamina, serotonina, oxitocina, vasopresina y endorfinas. Su cuerpo inició una revolución a nivel celular y, cuando lo miró, lo sintió conocido y extraño a la vez. Su pelo lacio y negro caía apenas sobre las cejas: algún mechón a la curvatura superior del ojo. Su mirada era desafiante y la hizo sentir expuesta, como si él pudiese atravesar su cuerpo y llegar a su alma tan sólo con sus ojos negros. Llevaba la comisura de los labios algo torcidas, como una sonrisa disimulada. Cada facción en su rostro era perfecta.

-Él es Izan, va a estar trabajando con vos desde mañana. Trabajó durante siete años en la planta del lado sur. Creo que va a ser un compañero excelente -dijo Érica, sacándola de un tirón de su congelamiento.

Izan se le acercó extendiendo su mano y ella acercó la suya. Mientras todo esto sucedía, no pudo evitar el impulso de espiar su perfil. Vio un fotovideo donde subía una montaña. Otro tomando cerveza con un grupo de personas. Luego uno en el que se encontraba acercándose sugerente y sin ropa a una mujer que lo esperaba en la cama. Su corazón se aceleró y sintió que la temperatura en su cuerpo sería delatada por el color de sus mejillas. En la imagen que espiaba tenía el torso triangular perfecto y la musculatura que se marcaba con cada movimiento. No pudo evitar sentirse excitada y nerviosa. Todo sucedió en una fracción de segundo, mientras se acercaban sus manos y, cuando finalmente hubo contacto físico, la revolución que su cuerpo

atravesaba se intensificó. “Un placer”, dijo, y ella respondió casi suspirando: “El placer es mío”.

Cuando volvió a su escritorio de esa reunión, no podía parar de pensar en él y le era difícil volver a trabajar. Estaba transitando una especie de locura temporal provocada por el deslumbramiento previo al amor y quería dejarse llevar por ella. Volvió a mirar su muro y su mirada recorría cada milímetro de su cuerpo. Escuchaba cada palabra que había pronunciado, cada selfie, cada idea y todo le gustaba. Era la figuración del deseo cristalizada en un hombre. Mientras navegaba en las imágenes del muro, le llegó un mensaje de él. “No pude evitar sentirme atraído por vos. No dejo de mirar tu muro. ¿Querés que nos veamos?”. Embriagada por el deseo y casi compulsivamente respondió que sí.

Hicieron el amor como si no existiera alternativa. Todo el momento fue compartido en directo y recibió reacciones de todo tipo. Había sido impactante y las repercusiones entre los conocidos de ambos estaban a la altura.

Vinieron unos meses de increíble irracionalidad. Ambos se entregaban a la pasión y el deseo. Laila tenía reacciones que lo remitían inmediatamente a las vivencias más hermosas en su vida y veía que su cuerpo era el de una Venus de Milo. Ella, a su vez, era desarmada por completo por la personalidad divertida, ácida y viril que le hacía temblar el piso por el que transitaba. La simbiosis era perfecta. En el trabajo se desenvolvían con naturalidad y el resto del tiempo se deslizaba como agua entre los dedos estando juntos. Sentía estar enamorada, embelesada por cada detalle de la personalidad y el cuerpo de Izan. Veía los días pasar con su cabeza fuera de eje. Intoxicada. Cada contacto físico le erizaba hasta el último pelo en la piel. Estuvieron juntos seis meses y Laila esperaba que fuera toda su vida. Se sentía vital, como si nunca hubiese tenido tan buena salud, tanta energía. Cada mañana y cada noche las disfrutaba apasionada y quería seguir para siempre al lado

de ese hombre que le había mostrado que la vida no era como ella la conocía: estaba llena de colores y alegría. Era magia y placer. Estaba en un universo paralelo al de ella, donde todo era como debía serlo y ya no quería irse nunca más de él.

Un día y sin aviso, Izan desapareció. Le pareció muy extraño dado que nunca se había ausentado. No había publicaciones en su muro ni selfies. Intentó llamarlo, pero parecía inútil, era inaccesible. Durante todo ese día pensó en él, esperaba algo, un post, un mensaje o que se apareciera en su puerta sorprendiéndola. Pero nada de esto pasó. Sólo un profundo silencio. A la mañana siguiente, Érica le dijo que lamentablemente Izan había decidido trabajar en otro sector y había sido transferido.

-Voy a necesitar tu ayuda, tenemos muchísimo trabajo y una persona menos. Sé que estaban muy bien juntos, pero esta situación fue imprevisible.

Laila la miró algo perpleja, ¿adónde se había ido?, ¿por qué?, ¿por qué el silencio en la red? Parecía que se lo había tragado la tierra.

-Sí, sabés que podés contar conmigo -dijo con honestidad, pero a su vez se iba sintiendo invadida por un dolor punzante en el pecho.

Era como si la estuviera atravesando una bola de fuego y la quemara por dentro. GUGL detectó rápidamente el cambio brusco de mediciones e intervino para liberarla de ese dolor. El cóctel que liberó el cerebro fue tan fuerte que la hizo sentirse tranquila nuevamente y pudo respirar profundamente. Sentía el aire fluir hacia sus pulmones inflándose y el universo era pacífico. Tenía la serenidad de un monje meditando sobre sus rodillas con ojos cerrados en un antiguo templo tibetano. Esa paz le permitió realizar todas las tareas que debía hacer. Trabajó muchas horas extras durante muchos días y, de a poco, los espacios de tiempo en que pensaba en Izan iban perdiendo frecuencia y,

cuando lo hacía, sentía algún dolor, pero era inmediatamente corregido, lo que le permitía llevar su vida con normalidad. En algún momento, él se convirtió en un recuerdo desacoplado de emoción. En algún punto pensaba si había sentido algo realmente por él.

8

Pasaron ocho meses desde que Izan se había ido. Era un día común y corriente. Estaba en el horario de almuerzo tomando una sopa instantánea en el comedor. Era un lugar reluciente. Todo lo blanco daba la buscada sensación de pulcritud a la perfección. Era un espacio amplio, tenía dispensers de alimentos cada cinco metros aproximadamente y las mesas eran para grupos de cuatro o cinco personas. Ese era el horario de mayor uso así que estaban casi todas llenas de gente. Se hubiera pensado que el bullicio en ese lugar sería molesto para cualquiera, pero extrañamente se escuchaba lo que se hablaba en cada mesa y apenas algún sonido de las mesas de alrededor. Tal vez sería la forma de los techos altos o quizás se había programado a las personas a mantener un tono moderado en el lugar. Podía ser también que, al igual que la visión, se transformaran los impulsos eléctricos que recibía el oído sacando todos los ruidos molestos antes de llegar al cerebro. El resultado, de cualquier manera, era el esperado. Su mente navegaba entre su trabajo y las publicaciones en LA RED cuando Mark, que acostumbraba encontrarla para comer, se acercó a su mesa con un plato humeante de pastas:

-¡Qué rico se ve eso y yo con esta sopa! -dijo, y estiró el cuello para ver su plato-. Decí que al menos mi sopa es de queso, mi favorita.

-Sí, hoy me tenté con estos raviolos con crema -sonrió, y se sentó a su lado-. Y contame, ¿cómo está todo? ¿Supiste algo de Izan?

-Sabés que no -respondió con aire pensativo mirando a la nada-. Pero parece que es así cuando son asignados a estos trabajos. Érica dice que tienen que estar en total aislamiento para poder enfocarse en tareas tan delicadas.

-¿Y lo extrañas? -preguntó Mark, que siempre había sentido algo por Laila, pero no parecía que ella lo correspondiera. Así que él simplemente se contentaba con una amistad sin dejar por eso de intentar, cada vez que podía, llegar a sus sentimientos.

-Ya no. El primer tiempo fue más difícil pero ya a esta altura la verdad que es un buen recuerdo y nada más.

Mark se sintió entusiasmado al escuchar esas palabras. Por un momento, pensó en hacer alguna insinuación para ver cómo reaccionaba, pero se acobardó.

-Bueno, por un lado mejor, no está bueno sufrir por amor -dijo, y en sus palabras parecía que hablaba por él más que por ella-. Cambiemos de tema, contame cómo van esos chiquillos ecologistas.

-Son maravillosos. Te digo que cada día que trabajo con ellos lo disfruto un montón. Tienen entre tres y seis años y por eso sus intervenciones son didácticas. Les preparé hace poco un juego en el que el superhéroe salva el planeta. Si no lo logra, todos sus habitantes morirán lentamente con deformidades por la contaminación -dijo, e hizo una pausa con una sonrisa pequeña y los ojos algo achinados de ternura-. La verdad van muy bien. Son buenos chicos. ¿Y tus matemáticas y estadísticas cómo van?

-Muy bien, pero no puedo comentar mucho. Viste que en general si hay algún experimento se busca que la gente no lo sepa para no afectar las muestras. Lo que te puedo decir es que es un proyecto desafiante. Trata un poco el tema de la genética y una proyección estadística.

-Suenas interesante. Igual me quedo con mis niños -dijo, y sonrió apenas-. Pero contame, ¿qué onda tu compañera

nueva: la morocha de ojos verdes? ¡Es hermosa!, ¿no pasa nada con ella?

El corazón de Mark comenzó a latir con mayor fuerza y GUGL interfirió para mantenerlo calmo. No quería continuar en esa conversación.

-Sí, es muy linda, pero no pasa nada -respondió, y terminó los últimos dos ravioles rápidamente-. Tengo que volver, hay mucho trabajo que hacer. ¡Nos vemos después!

Se paró con nerviosismo y se fue sin esperar respuesta. Laila se quedó algo perpleja mirándolo durante unos instantes. Luego hizo una mueca que daba a entender que "allá él si se iba así", pero nadie la estaba viendo. Se levantó ella también y volvió a trabajar.

9

Era una mañana normal: desayuno, viaje, trabajo, almuerzo y más trabajo. Laila salió como cada día y caminó siguiendo las indicaciones que ya eran parte de su paisaje. La música la distraía del contexto, se abstraía de todo e iba contenta. Compartía sus selfies, comentaba alguna que otra cosa. Y mientras su mundo se movía con armonía, una bolsa arpillera cubrió repentinamente su visión. Sus brazos y piernas fueron tomados con fuerza. Había sido levantada del piso y la llevaban a gran velocidad, como si corrieran.

En un segundo su vida se convirtió en la peor pesadilla. Se aterrorizó. Gritó con toda la potencia de su voz y retorció todo su cuerpo enérgicamente intentando liberarse, pero no tuvo la suficiente fuerza. No podía hacerlo. Activó el mapa para ver hacia dónde se dirigía y vio que estaba siendo llevada a una de las zonas fuera de rango. De manera impensada, recibió un pinchazo de jeringa y se apagó GUGL. No supo en qué orden ocurrieron esos eventos o si lo que fuera que le inyectaron hizo que GUGL dejara de funcionar. Un instante más tarde, se desvaneció.

Abrió los ojos y la primera imagen que recibió en ellos fue la del el techo. Era gris, de cemento sin pintura y con bastante humedad. El ambiente era bastante lúgubre y colgaba en el centro una lámpara de luz amarillenta y pobre. No recordaba mucho lo sucedido. Se sentía mareada y, antes de ser consciente de las náuseas, estaba vomitando a un lado de la cama, si era que podía llamarse cama a esa tabla apenas cubierta con telas. Se incorporó y, con los ojos cerrados, intentó respirar. Escuchó un ruido. Exaltada, abrió los ojos y, al girar la cabeza, vio una puerta y alguien que

entraba en la habitación con velocidad. Quiso bajarse de la cama y correr, pero el primer movimiento que intentó le generó nuevamente terribles mareos y náuseas. Otro torrente de vómito salió expulsado de sus entrañas. Se sentía débil y no tuvo más alternativa que quedarse en donde estaba y esperar lo que fuera que le deparara el destino.

Cuando pudo ver de cerca a aquel que se acercó, su corazón se aceleró con brutalidad. Era deforme. Era un monstruo. Su cara era flaca y sus ojos saltones negros parecían querer escapársele. Tenía una prominente nariz ganchuda y labios que apenas se veían. Su espalda estaba encorvada y su cuerpo estaba consumido. Pero lo peor de todo era la piel, su falta de color y sus poros dilatados, la grasitud que brotaba de ellos cerca de la nariz y a la vez las arrugas alrededor de los ojos y la comisura de los labios. En algunas partes del cuello salían pequeñas protuberancias de piel más rugosa, y otras partes del cuerpo, incluida la cara, estaban manchadas con círculos de un tono más oscuro. Le parecía repulsivo. Se había detenido estático frente a ella y comenzó a acercar sus manos lentamente. La miraba fijamente, serio, con las cejas apenas elevadas. Laila sentía el corazón palpar en todo su cuerpo. No había conocido el terror en toda su vida y en ese momento se le revelaba en su totalidad. El monstruo levantó una mano y separó los labios dando la impresión de que quería emitir algún tipo de sonido pero, antes de que pudiera hacerlo, Laila se desvaneció nuevamente.

No supo cuánto tiempo había estado inconsciente al abrir los ojos por segunda vez. Se encontraba en el mismo lugar y tenía una vía colocada en el brazo. Se sentía un poco más tranquila y, a la vez, menos enérgica, como si moverse fuera una tarea maratónica. La puerta estaba abierta y desde afuera de la habitación escuchó una voz masculina que le resultaba familiar, aunque no del todo.

-Tranquila, Lai. Soy yo, Izan. Voy a entrar, pero por favor no grites.

Tardó unos instantes pero recordó quién era Izan y la relación que habían tenido.

-¿¡Izan!? ¿Qué pasó? ¿También estás cautivo? ¿Por eso me dejaste? ¡Tenemos que salir de este lugar! -dijo, con voz temblorosa.

-No estoy cautivo... Te voy a explicar, pero necesito que te mantengas calma.

-¿Sabés por dónde podemos escapar? No sé cómo hacer, no tengo fuerzas para correr... Por favor, apurate donde sea que estés porque tengo miedo de que vuelva el monstruo. Vino antes y no sé qué hicieron conmigo porque me desmayé -dijo, verborrágica. Sus ojos desbordaron en lágrimas y su corazón empujó con fuerza su garganta-. ¿Dónde estás? No puedo verte...

-Voy a acercarme, pero necesito que estés calmada y confíes en mí. Vas a entender todo, te lo prometo.

La misma figura de antes atravesó el marco de la puerta. Si bien se sentía asustada, su organismo reaccionó de manera menos explosiva y pudo tolerar sus emociones sin perder la conciencia. A pesar de ello, su cara se deformó un poco por el miedo. Él leyó correctamente esa expresión y levantó ambas manos con las palmas hacia adelante señalando que no tenía la intención de lastimarla. Retrocedió un poco mientras repetía "Soy yo. Soy yo. Tranquila, Lai, mirame bien". Lo miró perpleja. ¿Cómo podía salir de los labios de aquella criatura un sonido que le recordara tanto a Izan? De pronto, él hizo un gesto, una expresión con sus ojos, mientras que un mechón de pelo lacio cayó hasta ellos. Y lo vio. Era él. Una versión deformada de él.

-¿Izan? -preguntó lentamente, en un tono oscuro-. ¿Qué te hicieron?

-Nada, solamente ves como soy -dijo con dolor bajando la mirada-. Nos acostumbramos a ver proyecciones de nosotros mismos que no existen en la realidad. Son imágenes idealizadas e inalcanzables. Pero soy yo.

-¿Te sacaron las mejoras proyectuales? Creí que las habías comprado permanentes, no entiendo...

-Sí, tenía un montón permanentes, y cuando te conocí quería tanto enamorarte que compré temporales también. Bronceado perfecto, tonicidad muscular al doble, espalda ensanchada en un diez por ciento, por no mencionar... -dijo y cortó la frase bruscamente como si se hubiera dado cuenta de que era un error seguir-. Bueno, de hecho creo que las sigo teniendo, sólo que no podés percibir las.

-¿Cómo no puedo? ¿Paso algo con mi GUGL? ¿Es cierto entonces que en estas zonas no funciona? -preguntó, e hizo una mueca en el rostro que delataba que su corazón se había acelerado un poco.

-Está desactivado. Va a tomar un tiempo que te adaptes a no tenerlo y no va a ser fácil. Conozco algunas personas que hace años no lo tienen y todavía lo extrañan. Algunos terminaron enloqueciendo.

Laila sintió fluir un calor desde sus piernas hasta el cerebro, como si una corriente eléctrica le recorriera todo el cuerpo. Con la poca fuerza que tenía agarró las sábanas en sus manos y las estrujó compulsiva.

-¿Años? ¿Cuánto voy a estar así? Necesito mi GUGL ¿Cómo lo vuelvo a activar?

Sus latidos se aceleraron sin control y otra vez intentó liberarse con movimientos casi epilépticos. Izan se acercó con lentitud, contuvo sus movimientos e inyectó algo en la vía del suero que llevaba puesto. Su cuerpo se relajó por completo y en contra de su voluntad se fue adormeciendo de nuevo. Le parecieron algunas horas cuando despertó. Los saltones ojos negros estaban frente a ella y la miraban

continuamente. Su rostro parecía ser menos desagradable cada vez que lo veía y, de una manera extraña, la imagen que veía se iba adaptando a la que ella había conocido y la había enamorado alguna vez.

-De a poco vas a ir necesitando menos tranquilizante. Necesitás aprender a regular tus emociones por vos misma. Que te saquen GUGL requiere un período de abstinencia. Tu cuerpo no interpreta lo que hay alrededor. Tus ojos por sí solos ven menos detalles e información del entorno. Si algo huele mal, ese aroma se transmite sin filtro al cerebro. Cuando te lastimás no hay anestesia automática. Ya no hay indicaciones auditivas o mensajes que lleguen sin avisar. Pero sobre todo no se regulan tus emociones. Si te asustás mucho, tu corazón se acelera, sube la presión arterial, hiperventilás y todo eso te genera mareos, vómitos, desmayos, sudor frío, dolor en el pecho y muchos otros síntomas. A mayor miedo, mayores síntomas, y los síntomas provocan más miedo. El cuadro entra en un círculo vicioso que sólo puede empeorar. Y no sólo es miedo, todas tus emociones, los nervios, el estrés, el amor... Todo es más intenso y peligroso -hizo una pausa y continuó con un tono fraternal-. Por eso es que ahora tenés esa vía. Necesitás que tu cuerpo se vaya acostumbrando muy gradualmente a todo.

Laila lo miraba con incredulidad y a la vez miedo de que sus palabras fueran ciertas.

-¿Y por qué nuestros GUGLs no están activados? -preguntó con la mayor tranquilidad que le permitieron sus emociones revolucionadas.

-Hay muchas cosas que no conocés de la sociedad tal como es. Somos la materia prima que alimenta el ego de algunos hombres y mujeres cuya avaricia es infinita. GUGL nos brinda grandes comodidades pero es el causante de nuestra esclavitud -dijo, hablando con voz tranquila, y apoyó su palma sobre la mano temblorosa de Laila en la

cama. Al terminar esa frase su tono se volvió sombrío-, no tenemos posibilidad de enojarnos o cuestionar nada. En cuanto nuestro propio espíritu o intuición reclama por algo que no nos convence del todo, simplemente se liberan los químicos necesarios y nos sentimos a gusto y conformes de nuevo. Y eso si es que llegamos a sentir alguna incomodidad. Hubo una época que la moralidad provenía de los valores de cada familia. Hoy nos son impuestos por medio de estímulos. Tan simples y básicos somos. ¿Es bueno tener muchos hijos o no tener ninguno? Depende de cómo fuiste configurado. ¿Te gustan las ciencias? Va a depender de que tu destino sea ser científico. Y como estos ejemplos, cada ser humano piensa o elige según su configuración personal. Tiene toda la vida diagramada.

Su mirada se volvía oscura y se iba perdiendo en su discurso. Como si se olvidara por momentos de que Laila estaba soportando el terror sólo por la acción de los fármacos. Repentinamente giró la cabeza y mirándola fijamente habló con un tono más estridente y firme:

-Vos, como yo, sabés esto más que nadie. ¡Vos programás las vidas de miles de personas! Yo lo hice también. Me sentí terrible por formar parte de eso cuando se me permitió reflexionar al respecto. Lo único que me permite vivir con mi conciencia es saber que no tuve elección.

Laila, que intentaba no desmoronarse de los nervios y simplemente escuchar, no pudo contener su indignación genuina ante los argumentos expuestos y respondió con la voz acelerada y fuerte:

-¿De qué me hablás?, ¿acaso no viste morir de hambre a chicos en rincones olvidados del mundo? ¿Te perdiste la etapa de violencia y drogas que infestaron ciudades enteras? ¡Las personas se mataban entre ellas! -Izan la mirada algo sorprendido por la energía repentina e impensada que presentaba. Laila continuó:

-¡Y todo por no mencionar que la violencia no terminaba en las calles! ¿Cuántas familias se acostumbraron a la violencia, desapariciones, violaciones, muertes? Chiquitos inocentes víctimas cautivas de una sociedad condenada a crueldad. ¡Crecían con cicatrices físicas y emocionales de por vida y su único destino sin programar era repetir esa historia nefasta! Por no mencionar la gran escala, las guerras mundiales y la casi destrucción del planeta. Sí. Estoy programada. Como me decís. Estoy programada para programar hoy a ecologistas, con la fe de que estos salven el mundo que heredamos de seres humanos despiadados que por más dinero hicieron cualquier cosa. Unos pocos que tuvieron el poder de destruir el planeta y condenar a otros a que vivieran como almas en pena, ya fuera por la falta de comida o porque debían trabajar cada día de sus vidas haciendo algo que les secaba el alma dejándola consumida como pasa de uva. No. No me convencés con tus argumentos.

Hizo un gesto de desdén con la mano y resoplando le corrió la mirada. Luego continuó con un tono más bajo, como si hubiera descargado algo de tensión:

-Un poco de dirección indetectable e inofensiva para el individuo no trae más que beneficios a todos. ¿No lo ves? Las personas son felices -dijo, levantó la vista y lo miró con los ojos llenos de lágrimas-. Yo era feliz.

-No confundas felicidad con anestesia -dijo Izan, dándose vuelta y quedando de espaldas a ella-. En estos meses experimenté más emociones que en toda mi vida -volvió a girar y la miró otra vez-. No voy a negar que este control ayudó en una era oscura de la humanidad donde la corrupción corroía los cimientos de la vida. ¿Pero quién tiene el poder de decidir la dirección de todos nosotros? ¿Fueron próceres aquellos que eliminaron la pobreza del mundo? Ciertamente. Pero nos legaron otro tipo de pobreza. Nacemos, vivimos y morimos sin propósito.

-¿Qué? ¿Sin propósito? ¿De dónde salen esos pensamientos tuyos? -preguntó con desprecio-. Tengo un objetivo claro en mi vida y es mejorar la vida de las personas. Programar sus destinos para que sean felices. Mi propósito está bien claro.

Izan la miró apretando los dientes y por un momento no respondió, luego aflojó el gesto y suavizó el tono al continuar:

-¿Cuándo me olvidaste, Laila? ¿Acaso me amaste alguna vez como pregonabas con tus endorfinas y oxitocinas liberadas por GUGL?

Era una pregunta que no seguía el hilo de la discusión y no tenía lógica. No era racional y la sacó de contexto, sobre todo porque la hizo tomar conciencia de que no recordaba bien lo que había sentido por él. Al menos no recordaba el sentimiento. Tan sólo era como un recuerdo en blanco y negro de lo que se sentía al ver colores. Lo miró haciendo silencio durante algunos segundos. Un lazo mental ató la mirada frente a ella con lo que había visto en sus ojos algún tiempo atrás. Era como un portal a una idea de él que parecía perdida en el olvido. Supo que alguna vez, al mirarlo, sintió que entendía el sentido de la vida y del deseo. Recordó el placer que le provocaba el hecho de tocar su piel, los suspiros cuando no estaba presente recordando su aroma, su sonrisa, sus caricias. Lo veía físicamente diferente a sus recuerdos y, sin embargo, era el mismo. Él permanecía inmóvil como si entendiera el proceso que la estaba atravesando. Ella, tras un lapso de tiempo, corto pero infinito, continuó hablando.

-No se, Iz -dijo, y haberlo llamado "Iz" denotaba confianza y parecía revelar en él emociones profundas que asomaban a través de sus ojos lentamente en forma de lágrimas-, te esperé. Te mandé mensajes, pero no había respuesta. Me dijeron que fuiste a trabajar a otro lado. Me abandonaste. No me mandaste siquiera un mensaje, un

adiós. Pasó el tiempo y gradualmente volví a la vida que tenía antes de haberte conocido.

-¿Y cuánto fue ese tiempo realmente? ¿Cuántas noches pasaste despierta extrañándome? -preguntó retóricamente y continuó-: yo te perdí y no quería hacerlo. Estábamos destinados el uno al otro y al separarnos no tuve la ayuda de GUGL como vos. A mí me fue imposible olvidarte. Pasé noches eternas sin dormir. Y ahora que te tengo de nuevo delante de mí, veo que sigo enamorado incluso cuando ya no sos la misma.

Cuando terminó de pronunciar esas palabras, Laila comprendió de inmediato que él también la estaba viendo sin sus mejoras. Él tampoco tenía GUGL. Sintió que le quemaba la piel de vergüenza, quería cubrirse por completo y movió sus manos temblorosas primero a su rostro y luego se abrazó a sí misma aunque resultara inútil.

-¿Cómo me veo? -dijo, susurrando.

-No importa si te ves bien o no, sos auténtica así -respondió con tono serio intentando contener la inseguridad de Laila.

La respuesta había sido contundente y a la vez no era satisfactoria. Sintió la necesidad de verse en un espejo. Le pidió el artefacto y, en lugar de la imagen holográfica que estaba acostumbrada a ver, él le acercó un viejo cristal que funcionaba por analogía.

En él vio la imagen de una mujer que parecía mucho más vieja que lo que esperaba por cómo se recordaba a sí misma. La piel era blanca y lucía completamente pálida. Dos ojeras oscuras bajo sus ojos llegaban casi a la mitad del cachete. Los párpados estaban hinchados, tal vez el dormir, el estrés, la medicación o el llanto. Era delgada, pero sin las mejoras, su cuerpo no tenía cintura, no tenía aquella forma de reloj de arena que había proyectado sobre sí misma. Era más parecida a una especie de tubo. El cabello no caía con gracia y brillo. No. Era como un estropajo naranja oscuro que se

enredaba hasta el largo de los hombros. Hilos de pelo querían escapar de su cabeza apuntando hacia todas direcciones, descontrolados. Acercó su mano a la cara para sentir su piel. Estaba seca y escamosa. Tenía en los cachetes y la nariz muchas manchas chiquitas de tono un poco más oscuro. Sus labios ajados y con falta de color apenas se distinguían. Con las manos en el rostro, notó que, de sus brazos, colgaba piel flácida y sin forma. Los tocó y, asombrada, sintió la blandura misma en sus dedos. Sus ojos naturalmente marrones se iban abriendo y mirando aquel vidrio sin pestañear. Eran cada vez más grandes y brillosos. Con lágrimas contenidas y los labios levemente separados, su rostro expresó que se había encontrado con una sorpresa aterradora. Giró la cabeza hacia Izan y lo miró con desconsuelo, amargura y decepción. Quería llorar y gritar, pero nada de eso alcanzaba para explicar la repulsión que sentía por sí misma. Ella también era un monstruo. Ese combo de emociones se le arremolinaron en el estómago y subieron por la garganta hasta salir expulsado en un nuevo vómito seguido de una pérdida de fuerza en su cuerpo que la hizo caer sin conocimiento. Izan rápidamente inyectó una dosis más de suero. Trató de despertarla zarandeándola violentamente, pero recién después de un rato volvió en sí. Sin embargo, las drogas eran muchas y su cuerpo estaba completamente flojo. Su cabeza caía sin que su cuello pudiera sostenerla. Sus ojos se movían hacia arriba, luego a los lados y después tal vez arriba de nuevo. Una sonrisa desdibujada le repetía incoherencias. Debía dejarla descansar.

10

Algunas horas más tarde se sentía mejor. Izan había estado junto a ella todo el tiempo. Cuando la vio consciente, le empezó a hablar como si tuviera la necesidad de descargar un peso que llevaba con él hacía mucho tiempo:

-Después de que tuve que dejarte, pensé en vos cada día de mi vida. Dentro de un mundo hostil tu recuerdo me dio paz, un lugar para ir con la mente cuando lo que me rodeaba me aplastaba el espíritu. Cuando recibí la noticia de que tenía que traerte, no pude controlar mi emoción. Sabía que ibas a verme así de feo, pero tenía esperanza de que aún sintieras algo por mí -dijo, y la miró con expectativa.

Laila sintió pena. No sentía lo mismo que él. Si amaba algo, era el recuerdo de haber amado. No sabía bien de quién se había enamorado, tal vez ni siquiera existía esa persona. Pensaba que tal vez su amor era pura idealización:

-No te enamoraste de mí. Ya me ves, soy horrible en este mundo salvaje. Si mi personalidad estaba tan controlada como decís, no hay tampoco una identidad que pudieras amar. No queda nada de todo aquello que alguna vez fui para vos.

-Tenés razón. Uno ama la idea que se tiene del otro, y eso se va transformando en algo más cercano a la realidad con el tiempo, al irlo conociendo en verdad. Amé a la mujer perfecta en físico y espíritu. Esa eras vos. Esa sos vos, al menos hasta que destruyas esa imagen por completo con un golpe de realidad brutal. Ya no sos la mujer físicamente perfecta, pero te sigo viendo con un velo de irrealdad y seguís siendo hermosa. Te sigo imaginando con la personalidad perfecta. Seguís ahí tan ideal como siempre lo

fuiste. De todas maneras, no espero que sientas lo mismo. Vos ya me olvidaste. GUGL hizo eso. Maldita tecnología.

Se levantó y se fue rápidamente. Parecía percibirse en la brusquedad de sus movimientos que esperaba escuchar una palabra que lo frenara, pero no había en ella algún sentimiento que lo impulsara. Lo miró irse sin detenerlo.

Ese día había transcurrido pensativo y silencioso para Laila. Pensó en lo que Izan le había dicho. ¿Hasta qué punto sería cierto todo lo que contaba? ¿Realmente lo habría amado o sólo fueron los químicos? Luego, todo el lugar en su mente fue ocupado por el cautiverio en el que se encontraba. Corría y escapaba en su imaginación, pero la idea no era acompañada por su cuerpo estático. Sus músculos estaban flojos y no tenía voluntad de moverse. Se quedó inmóvil dejando que pasara lo que fuera que debía pasar.

Por la noche se acercó una mujer regordeta, con cara de luna llena. Su nariz pequeña parecía perderse en el rostro. Sus ojos, que se hundían profundos en los párpados, tenían una leve desalineación. Entró con una gran sonrisa y una bandeja en sus manos:

-¡Hola, Lai! Me llamo Joshy, pero todos me dicen Peki. Me gusta más mi apodo que mi nombre -dijo sonriendo-. Te traje un plato de huevos revueltos con queso y cebolla y esta ensaladita de tomate, ¡todo natural! Es tu primera comida acá, ¿no?

Ella respondió que sí. Tras el tiempo que había pasado sin comer, se sentía famélica. Peki le acercó la bandeja y el aroma del huevo revuelto le parecía exquisito. Tomó los cubiertos y empezó a comer casi sin respirar.

-No sé si será por el hambre que tengo o por qué, pero siento que nunca comí algo tan rico en mi vida.

-Es que nunca comiste algo tan rico en tu vida. Lo que venías comiendo son todas proteínas y nutrientes

sintetizados. El sabor y el aroma son acondicionados para que te comas el verso. Sin embargo, el placer asociado al comer sí es igual, te tiran todos esos químicos en el cerebro y se siente igual de adictiva. Sí, funciona muy bien. Los sabores son buenos, pero la comida natural es mucho más rica. No hay caso –dijo con la convicción de haber revelado una verdad absoluta aunque careciera de argumentos para ello. Al terminar esta frase volvió a un tono menos reflexivo-. Lo importante es que comas...

Laila comió mientras Peki la miraba. Cuando terminó, le devolvió la bandeja y preguntó:

–¿Cuánta gente hay acá en la zona fuera de rango?

–Mmm... Seremos unos sesenta por acá, pero hay muchas zonas que nos pertenecen. Cada una rondará en esta cantidad.

–¿Son rebeldes?

–¡Sí! ¿No lo habías notado? –dijo, y sonrió irónica-. Nos revelamos ante el vivir sin vivir. Nos manipulan y controlan nuestras vidas. Ya no sabemos ni quiénes somos.

–Entiendo, pero me es imposible compartir tu idea. Somos una sociedad que, más allá de todo, siempre puede elegir. No se obliga a nadie a hacer nada. Incluso tenemos la libertad de elegir a los que marcan el rumbo. Si no estás de acuerdo con eso, no te rebelás ante un sistema despótico, te rebelás ante la voluntad de una mayoría. Todos somos libres.

–¡Vamos, Laila! ¡Desde hace siglos que el ser humano no tiene libertad de elección! Son todos manejos que en el momento de decidir algo se ejecutan como un instinto –dijo, mientras fruncía el ceño y negaba con la cabeza bajando la vista. Luego apoyó la cabeza sobre su mano y continuó-: ¿cuánto nos habrá afectado el aparatito ese a los que fuimos liberados? Por ahí ese cáncer ya hizo su metástasis. Hoy, ya sin GUGL, en cada decisión me pregunto hasta qué punto elijo algo porque de verdad quiero y no por haber sido

programada para eso. Tal vez nuestra programación previa sea imposible de borrar.

Se quedó pensativa y con un aire decepcionado. Luego como si se le hubiera iluminado la mirada de repente siguió hablando:

-Así y todo yo creo que hay esperanza porque veo que todos tenemos pequeñas desviaciones de ese camino marcado. Como si existiera una pequeña chispa que no pueden programar y nos empujara a algo distinto. Y acá estamos, un montón de inadaptados soñando con una verdadera libertad.

Sonrió y fijó sus ojos en la ventana tapada por un trapo rojo estirado como si se encontrara allí la clave de su pensamiento. Laila no entendía por qué, pero sentía simpatía por ella. La escuchaba y veía que su creencia en lo que exponía era auténtica. No sentía ganas de enfrentársele aunque fuera lo natural, dada la situación que estaba viviendo. Con poca claridad respecto de sus emociones le dijo:

-Creo que es un ideal muy poderoso el que te moviliza, pero a mí me raptaron. Me sacaron de un lugar en el que era feliz. Me sentía realizada en mi trabajo. Tenía amigos, gente que escuchaba lo que tenía para decir y me acompañaba todo el tiempo en LA RED. Ahora estoy acá en esta habitación, esposada a una cama. Tengo mareos y náuseas todo el tiempo y, sacando estos ratos en que hablo con alguien, estoy sola. Nadie escucha lo que pienso y tampoco puedo compartir los momentos que viven mis amigos. Cuando te miro y te escucho, sólo sé de vos lo que me contás. No conozco tu historia y tu pasado, no sé quiénes son tus amigos ni a qué te dedicaste. No sé tus opiniones respecto de la vida, la política o del amor. Tampoco tus gustos y aficiones. Te miro y sólo veo una mujer desmejorada que me habla intentando decir algo de una manera muy rudimentaria y que podría mentirme

completamente respecto de su historia y de su vida. Te miro y veo a mi secuestradora. Lo mismo me pasa con Izan.

Su tono fue tornándose espeso y se le oscureció la mirada. Finalmente, y por primera vez en su vida, sintió rabia. Una rabia profunda que podía desbordarse sin que se diera cuenta:

-¡No tenían derecho a sacarme de mi vida! ¿Y cómo voy a volver? ¡¿Cómo?! ¡Me van a tratar de traidora! ¡No quiero estar acá y no quiero eso! -gritaba, agitada y con la respiración rápida.

-Sí. Tenés razón en muchas cosas. Te voy a poner un poquito, apenas, de calmante, porque te noto muy enojada y todavía nunca manejaste esa emoción -le dijo, y se acercó con lentitud y le inyectó el brazo-. Pensá que casi todos los que estamos acá pasamos por lo que estás pasando vos. Todos tuvimos que dejar atrás mucho. Tuvimos que acostumbrarnos a la falta de GUGL, a regular nuestro temperamento, a vivir por nuestros propios medios y todos lo agradecemos más temprano que tarde. Vas a poder elegir qué hacer con tu vida. Pero tomalo con calma que todo esto te lo va a contar el jefe, por ahora tratá de pensar en esta crisis como oportunidad porque verdaderamente lo es.

11

Quedó sola en la habitación acompañada por un silencio absoluto. El calor agobiante la pegoteaba en la cama. El techo gris. La lámpara siempre encendida. La soledad intensa. Difícil. Pensaba en cómo estarían sus papás. Se acordó de una canción que siempre cantaba su mamá mientras se bañaba y ella podía escuchar en cualquier punto de la casa. Sonrió para sí misma y, casi al mismo tiempo, irrumpió un dolor punzante. Quería verla. Leer sus posts. Las selfies mientras paseaba por la calle. Sus abrazos. Su contención. Tenía un calmante en sangre que no alcanzaba para que el dolor no se esparciera como una mancha de aceite. Se sentía perdida pensando que no los vería nunca más, que cada momento compartido, cada desayuno, cada conversación, cada día juntos era imposible de repetir. Se preguntó si la extrañarían. Tal vez apenas. Tal vez sólo tuvieran curiosidad por su paradero. ¿Acaso el amor es real sin el dolor que acompaña la pérdida? A ella le dolía verdaderamente. Todas las personas que ella había conocido y querido alguna vez, probablemente no la recordaban. Su divague la llevó al día en que murió su abuela. Recordaba sentir tristeza pero no haber llorado por ella. Vivió un período de algunos días de recordar con nostalgia y luego el olvido. La vida y su rutina pasan por arriba de cualquier duelo. Hoy la pasan por arriba a ella. Pensó en Izan. Tal vez era el único que había sufrido perderla y además, al igual que ella, se había perdido a sí mismo.

Si había algo respecto de lo que tenían razón Peki e Izan era que en ese poco tiempo que había permanecido en la zona fuera de rango había vivido más sentimientos y más

profundos que lo que jamás había podido, aunque no eran aquellos sentimientos de placer. Hasta ahora se había convertido en un cúmulo de nervios, miedo y dolor que sólo pudo tolerar con sedantes. Mientras permanecía tendida sobre la cama, una lágrima recorría su cara en dirección a sus orejas. Pensó: ¿qué beneficios tendría no usar GUGL para que haya gente que elija eso frente a lo bella que hace la vida? Su mente intrigada pero adormecida por los calmantes se fue sintiendo cansada hasta que se desconectó y entró en sueños nuevamente. Al despertar, notó que ya no se encontraba atada a la cama. La habitación estaba vacía y su ropa estaba doblada en una silla. Se levantó exaltada, pero el movimiento brusco le provocó un mareo que la obligó a moverse con mayor lentitud. Había pasado mucho tiempo en la cama. Estaba débil. Tomó la ropa y se cambió aquel camisón viejo que vestía hasta el momento. Se preguntó cuánto tiempo había pasado allí, ¿semanas?, ¿días? Miró la puerta que había permanecido cerrada todo este tiempo, pero esta vez estaba abierta. Con palpitaciones y debilidad en las piernas, fue acercándose a ella poco a poco, casi a rastras. Se asomó al pasillo que terminaba en una habitación con una puerta y una ventana que parecían dar al exterior. No vio a nadie allí. Se acercó a la puerta con los movimientos lentos que su cuerpo permitía y la abrió. Nadie la detuvo. Quedó enceguecida un momento por la luz solar y, cuando el mundo afuera tomó forma y color, se dio cuenta de que no era el mundo que ella conocía. Se paró agarrándose del marco. Miraba todo a su alrededor. La gente era diferente, las calles eran angostas y estaban sucias. El calor fermentaba los olores que saldrían de las alcantarillas o vaya uno a saber de dónde. Por sobre todas las cosas todo era diferente sin GUGL.

Quería escapar. ¿Pero para qué lado ir? La encontrarían fácilmente perdida en esa maraña de calles sin sentido donde todos eran rebeldes menos ella, y el terror en sus ojos

la delataría. Sería llevada, tal vez, con aquel jefe que Peki nombró. Quería gritar, postear un pedido de ayuda, sacarle una foto al lugar al menos, pero nada de eso era posible. No tenía los medios. No podía irse. Era pequeña en un mundo infinito e indescifrable. Rompió en un llanto desconsolado. Sus piernas se aflojaron y, apoyando su cuerpo contra el marco de la puerta, se fue deslizándose hasta el suelo. Se sentía patética. El llanto fue su única descarga. Pasó una hora llorando en el piso y, entre las formas nubladas por las lágrimas, distinguió a lo lejos una figura que iba transformándose en la imagen de Izan a medida que se acercaba. Venía acompañado de un hombre alto, canoso, de ojos claros y cara arrugada. Aparentaba ser viejo pero ella, a esta altura, no podía distinguir si lo era verdaderamente o si era la falta de mejoras proyectuales lo que le producía esa sensación. Llegaron ambos hasta la puerta donde ella se encontraba desparramada en el suelo.

-Laila. Un placer conocerte. ¿Tendrías la amabilidad de acompañarnos adentro? Tenemos bastante que charlar.

Su voz era grave y lenta. Algo intimidante aunque intentara ser amable. O quizás era el miedo y desconcierto que todo esto le provocaba en el alma. Izan se acercó para ayudarla a levantarse. La tomó de la mano y tiró de ella. Ese contacto de imprevisto, la temperatura y la rugosidad en la piel, le generaron electricidad en todo el cuerpo. Mientras se levantaba, lo miró a los ojos y de pronto ya no era horrible. Su rostro se había vuelto más blando, más suave. Su mirada parecía tener una profunda calidez que la hacía sentirse mejor. Sonrió levemente y le agradeció por la ayuda. Entraron al lugar. Se sentaron en algunas sillas que rodeaban una mesa de madera algo roída.

-¿Cómo te sentís? -le preguntó el hombre.

-Mejor, señor -respondió Laila, acomodándose en la silla.

-Borja -corrigió el hombre-. Te preguntarás por qué estás acá...

Ella asintió con la cabeza mirando hacia abajo. El recordar que estaba allí sin que su voluntad tuviera algo que ver con eso le dolía bastante.

-Creeme que no nos gusta lo que tuviste que pasar, es doloroso para todos. Si te sirve de consuelo, no hay ni una sola persona en la zona fuera de rango que hubiera preferido permanecer en la ciudad con GUGL.

-Lamento decepcionarlo, pero no creo que eso pase conmigo -dijo con un tono desprovisto de energía-. Tenía una vida feliz y hoy soy prisionera a tal punto que no puedo ni escapar con las puertas abiertas. Me siento como si me faltaran las piernas o las manos. Tal vez uno se pueda acostumbrar a manejarse sin ellas pero siempre es mejor tenerlas.

-Te entiendo. Dejame contarte una historia. Hace muchos años ya, yo vivía como todos con mi GUGL implantado al nacer. Mi mamá decía que yo era un nene imposible, que lloraba todo el tiempo y que reaccionaba con violencia cuando me enojaba a la vez que estallaba en euforia cuando algo me gustaba mucho. En ese momento, la situación se reducía a sus posts quejándose un poco. Comencé a crecer y fui notando que había algo diferente en mí. Ciertamente mis reacciones desentonaban de las de los grupos de personas que me rodeaban y en algún momento me di cuenta de que GUGL no regulaba mis emociones como las de los demás. Una falla. Eso fue lo que me permitió visualizar todo desde una perspectiva que tal vez hoy te sea imposible de entender. En mi paso por la sociedad, mi sensación era gris. Me sentía como un ave enjaulada. Me fui aislando del resto, ya no posteaba nada en LA RED, no respondía los mensajes y ni siquiera me parecía interesante ver qué hacían mis conocidos a cada minuto.

Borja hizo una pausa enfatizando lo curioso de ese hecho y continuó:

-Una tarde de verano, calurosa como esta, pasé por la puerta de la biblioteca. No pude evitar mirarla con intriga, tal vez, por el aburrimiento de la vida que tenía. Entré. Era un lugar que para cualquiera está lleno de libros viejos y húmedos. ¿Para qué ir a ese lugar obsoleto? Era extraño ingresar allí pero de alguna manera me sentía fascinado. Cuando miré el interior del establecimiento de construcción milenaria, me sentí impactado. Quisiera poder describirte la sensación de estar en un lugar cuyas paredes estaban tapizadas con estantes, libros y numeritos. Sus cuatro pisos terminaban en un balcón hacia el ingreso y las barandas doradas labradas daban una terminación majestuosa. A los lados se veían amplias escaleras que conectaban los pisos con un pequeño descanso en medio. Los balcones eran curvos siguiendo la forma de las escaleras y daban una impresión de grandeza desde la planta baja. En lo alto, el techo vidriado permitía el ingreso de la luz natural a todos los pisos y en cada piso se podían ver largas mesas donde en alguna época se habría llenado de gente leyendo. Claro que cuando yo ingresé no había nadie. En la entrada una recepcionista ermitaña me miraba extrañada. “Buenas tardes, señor. ¿Qué quiere leer?”, dijo. La pregunta me resultó interesante. No tenía idea de qué quería leer. Pedí permiso para caminar por el lugar y mirar los lomos de los libros a ver si alguno llamaba mi atención. Eran antigüedades por el sólo hecho de haberse impreso y había una infinidad de ellos.

Dio unos pasos mientras reflexionaba un instante. Luego siguió hablando:

-Caminé y me llamó la atención un libro, *La trilogía de la fundación* de Isaac Asimov. Eran tres libros en uno, *Fundación*, *Fundación e Imperio* y *Segunda Fundación*, del género de ciencia ficción. Una ciencia ficción del pasado y me intrigó saber qué pensaban en el pasado que pasaría en el futuro. Tomé el libro y me senté en la larga mesa de

madera lustrada del primer piso y comencé a leer. Al principio era una tarea difícil, nunca había leído del papel y las palabras no se deslizaban suavemente por donde fuera que tuviera la atención, debía mover mis ojos siguiendo las líneas de texto y mover las hojas al finalizar una página, por no mencionar que era pesado e incómodo de sostener. Sin embargo, el contenido me atrapó por completo porque las horas pasaron sin que me diera cuenta. Trataba de lo que serían mil años de historia para la humanidad y la mente de un psicólogo –dijo, e interrumpió un momento su discurso. Luego volvió la mirada a Laila y continuó–. Me estoy dispersando un poco, ¿no es cierto? Yendo al grano, seguí visitando la biblioteca con mucha frecuencia. Estuve solo siempre hasta que una tarde vino otro hombre. Y al tiempo se sumó una mujer. Y de a poco, como desafiando el sentido común, éramos un grupo de personas bastante grande. Parecía que aquella falla de dispositivo había sido mayor de lo que creí y la biblioteca era un imán. Nos atraía como moscas al dulce y allí fuimos formando un grupo de amigos cuya profundidad nunca conociste. Así conocí a Karen, la mujer con más ímpetu que pudieras imaginarte. Su energía se transmitía entre todos los que la rodeaban. Amaba la vida y yo me enamoré de ella. Karen creía en algo más allá de las quejas sin sentido en un grupo de locos aislados. Creía en que la sociedad debería ser liberada de la nanotecnología que nos llega hasta los huesos. Ella fue quien nos inspiró a buscar algo más. Yo no podía más que seguir sus ideas. Decidimos ir a un lugar deshabitado, donde a nadie le importara cómo vivíamos. Una zona fuera de rango.

La examinó intentando leer las emociones que la estaban atravesando durante su discurso y siguió:

–Cuando uno lo mira en retrospectiva, éramos jóvenes fáciles de convencer. Buscábamos algo que nos guiara a la vida de verdad y casi cualquier cosa hubiera sido satisfactoria para eso y acá estamos. Primero nos fuimos

unos cuatro gatos locos a este rincón olvidado. Cargamos lo necesario para poder arrancar una vida en una vieja ciudad fantasma. La reducción de la población dejó varios lugares como este. Pudimos habitarlos, cultivar la comida y hasta criar algunos animales. Aprendimos a vivir sin depender de la tecnología y siempre volvíamos a la biblioteca a leer y esperar más gente que quisiera su despertar. Vinieron algunos más pero poco a poco dejaron de llegar. Parecía ser que el error en el sistema había sido resuelto.

Laila lo interrumpió:

-¿Dejaron toda una vida por un par de libros? ¡Esa vida incluía personas! ¿No pensaron en ellos? ¿No los extrañaban? ¿Todo para vivir en un lugar desierto?

Borja la miró pensativo:

-¿Sabés qué era lo más difícil de tener un GUGL que no funcionara a la perfección? Ver cómo eras olvidado todo el tiempo por las personas que amás. Cuando la gente que quería era asignada a un trabajo lejano, donde no volvería a verla, sufría esa pérdida con la intensidad con la que los seres humanos fuimos diseñados a tener. Intentaba comunicarme, veía el muro en LA RED y lo único que veía era cómo se desvanecía en ellos el recuerdo de que alguna vez existí. ¿Vos pensás acaso que te lloraron como vos lloraste mares estos días? Ellos simplemente recibieron la información de que fuiste asignada a un proyecto secreto del Estado y que deberías viajar. ¿Creés que intentaron chequear esta información?

Laila lloraba al oír esas palabras.

-No puede ser..., deberían ver que hay algo que no está bien, ¡me estás mintiendo!

-La contemporánea felicidad que construimos tuvo un costo. Un costo invisible pero presente. Tratá de pensar que de toda la gente tenés la posibilidad de sentir esto que

sentís en este momento. No son emociones placenteras pero son reales, te muestran que estás viva.

Le dio un momento para reflexionar un poco y luego siguió hablando:

-Todos dejamos atrás cosas con dolor, pero vimos, mientras seguíamos conectados, cómo nuestro paso por la vida de otros seres humanos había sido totalmente efímero. Dolía y nos enojamos con ellos, pero a la vez entendimos que no podían evitarlo. Estaban prisioneros en sus propias burbujas. Imposibilitados de sentir dolor, miedo e ira con intensidad. Estas emociones están estratégicamente destinadas para los momentos en los que se programa a las personas.

-¡Eso no es cierto! Yo soy programadora y sé que programar a la gente se realiza por medio de propagandas, algunas se marcan como positivas y otras como negativas, esto influye en la cantidad de veces que se ven los anuncios y se induce de esa manera a la persona. Es un método que no es invasivo para nada y salvó a la humanidad de sus miserias.

Izan, que permanecía inmóvil y en silencio, al escuchar estas palabras levantó la mirada e intervino.

-No se puede inducir a alguien sólo con propaganda. Imaginate que una persona debe ver una publicidad y su amigo otra. Si su amigo comparte en el muro la publicidad, hay una influencia muy fuerte que se da por el comportamiento de grupo y necesitás que la persona se sienta bien con la publicidad target y mal con la que su amigo está compartiendo. La única manera de lograrlo es asociando esas imágenes mentales a sentimientos. La tecnología que proveen la central de procesamiento y GUGL puede haber resuelto muchos problemas de la humanidad, pero ese es sólo un punto de vista.

-No puede ser...

Bajó gradualmente el tono y con lentitud se dio cuenta de que quizás era posible. Luego de una pausa miró a Izan. Sus grandes ojos negros la miraban con ternura. Pensó en lo rápido que lo había dejado ir de su cabeza, de su espíritu. Al menos al hombre que ella recordaba.

12

Un ruido estrepitoso interrumpió la charla. Se escuchaban gritos y golpes contra la puerta. Borja gritó que lo siguieran y corrió al fondo del pasillo hacia la habitación donde ella había estado cautiva todo ese tiempo. Llegando al lugar se escuchó el sonido de la puerta al caer plana al piso retumbando en toda la casa y, tras él, el grito de una mujer. “Peki...”, murmuró Borja. Atravesaron la habitación rápidamente y, rompiendo el vidrio de la ventana, salieron. Primero Laila, ayudada por Izan, luego Izan y por último Borja que, al tiempo que salía, vio un grupo de personas uniformadas corriendo hacia ellos. Laila, a pesar de sentirse abrumada, se dirigió, casi por instinto, hacia el bosque que ponía límite a la zona fuera de rango. Estaba aproximadamente a uno o dos kilómetros. Sentía la necesidad de mezclarse en la naturaleza y esconderse. Izan y Borja la siguieron. Miró hacia atrás y pudo ver a tres hombres siguiéndolos. Lo hacían con paso perezoso y lento. Sin embargo, eso no la hizo sentirse segura ni parar de correr, pero sí le pareció sumamente extraño que, siendo personas fuertemente entrenadas, presentaran una persecución tan tibia.

Mientras escapaba, vivió la transición a una ciudad llena de malezas que tomaban las ruinas de las viejas construcciones. Los restos de paredes cubiertos de plantas enredaderas asomaban como piedras olvidadas en el tiempo. La densidad de árboles crecía haciéndose espesa y el cielo se iba pintando de verde. Estaban casi totalmente adentrados en el bosque. Momentos más tarde, escuchó a Izan decir que ya no los perseguían y se notó rodeada

completamente de naturaleza salvaje y se detuvo. Miró hacia atrás para corroborar los dichos de Izan y los vio a ellos dos solos. No había nadie más, nadie los perseguía. Parecía que los habían dejado ir.

Bajo la sombra de los árboles se quedaron los tres pensando impotentes en Peki, que había sido arrastrada llorando a los gritos, moviendo sus brazos y piernas inútilmente. La escena transcurría en un silencio abrumador hasta que Laila rompió en un llanto desconsolado. Izan la abrazaba y al verla con el alma destrozada se sintió él mismo terriblemente triste y ambos perdieron el control sobre sus pulsaciones y presión arterial. Borja sacó una tableta que contenía unas pastillas redondas y chiquitas blancas. Les dio una a cada uno. Laila se quedó mirando la pastilla en su mano sin prestarle realmente atención. Estaba aturdida y aterrada. Izan la tomó sin dudarlo y luego, mientras las lágrimas aún escapaban de sus ojos, empujó la mano de Laila, extendida y trémula con la pastilla en ella, hasta sus labios deformados por la expresión de terror que le paralizaba el rostro y la obligó a tomarla. Ella no se resistió. Aún en crisis, se fue desparramando entre la tierra y el tronco de un árbol. Izan y Borja también se dispusieron a esperar. Pasaron algún tiempo, tal vez minutos o tal vez horas, escondidos y sin energías. La pastilla había ayudado a controlar el estrés, pero a su vez se había mezclado su efecto con la falta de vigor que se presenta siempre tras el paso del peligro. Laila se movió y sintió un dolor en el labio que se había partido por la resequedad de respirar por la boca y pensó que era hora de salir de allí. Estaba oscureciendo y el panorama parecía todavía más aterrador. Los troncos tomaban un tono grisáceo y una espesa masa húmeda se sentía flotar en el ambiente. Juntó fuerzas y se sentó. Luego, con algo de lentitud, llenó de aire sus pulmones y miró a Borja y a Izan. Este último se había quedado dormido contra un tronco. Su cabello caía lacio

como siempre sobre su frente y su boca estaba floja. Sus brazos se caían hacia los lados con las manos relajadas y las muñecas flojas. Las piernas como muertas parecían no pertenecer al cuerpo al que estaban pegadas. “¡Está muerto!”, pensó, y una parálisis mental la consumió por completo. Él era el único hombre al que su corazón había amado y hoy una pastilla se lo había llevado de su lado. Como guiada por un impulso que nacía en las profundidades de su alma y llegaba a la superficie como una burbuja en el agua hirviendo, lo zamarreó y le pegó en la cara gritando su nombre. Izan, que estaba dormido, algo atontado tal vez, reaccionó con lentitud pidiéndole que ya no le pegara mientras lloraba como una criatura:

-¡Por favor!, ¡por favor basta! -lloriqueaba.

Salió de su trance al escuchar esas palabras. No supo bien qué la llevó a desear tan intensamente su bienestar si nunca había sentido realmente nada por él. A lo sumo sintió algo por una proyección que también había olvidado. Y a la vez imaginarse perderlo fue un cachetazo al alma. Al verlo despierto nuevamente, sintió que bajaba de su garganta el corazón que se había endurecido como piedra. Lo abrazó instintivamente con los ojos todavía lagrimosos.

Toda la escena transcurrió sin que ella prestara atención a Borja, hasta que luego de que Izan despertó, les hizo saber que deberían ir volviendo. Al escuchar su voz, giró la cabeza asombrada porque no tomaba conciencia de que no estaban solos. Era como si en la escena que acababa de vivir sólo hubieran estado Izan y ella. Luego de detectar la presencia del extraño conocido, recordó la huida y al instante su pensamiento se detuvo en la idea de Peki siendo llevada por la fuerza:

-¡No podemos volver! ¡Nos descubrieron! No quiero que me lleven...

-No van a volver -respondió Borja-. Por lo menos no hoy. Normalmente no vuelven por meses, es mala suerte que te

haya tocado vivir esto en un momento tan crítico para vos.

Izan se paró con algo de dificultad y la abrazó.

-Es verdad, lo lamento muchísimo, nunca sabemos cuándo puede suceder. Desde que yo estoy acá vinieron sólo una vez.

-¿Pero qué buscan? ¿Por qué nos llevan?

-Somos los que amenazamos su estructura -dijo Borja-. Quieren reincorporarnos a nuestro lugar en esta sociedad prefabricada. ¿Te preguntaste alguna vez quién planifica el rumbo que debemos seguir?, ¿creés que son los líderes elegidos democráticamente? Tenés que saber que no fuiste capaz de elegir nada en esta vida. Fuiste condicionada desde bebé para cumplir el destino que se te impuso y lamentablemente eso no puede ser alterado mientras tengas GUGL. E incluso sin él, requiere gran valor y audacia cuestionar cada idea que se nos viene a la mente y creemos que es nuestra. Nunca lo es. Cuando creés que hacés algo bien es porque fuiste condicionada a pensar que ese es el bien. Como lo creen aquellos que irrumpen en este lugar pacífico y se llevan la gente a rastras. En su moral están haciendo lo correcto. Vos e Izan fueron condicionados para condicionar gente y creen que es eso lo que está bien. Aquellos compañeros suyos con la tarea de condicionar al individuo para que vote al candidato planificado, como todos, cree que hace lo correcto. Nuestra mente es sumamente fácil de moldear por otros y a la vez nos es extremadamente difícil romper con nuestros mandatos una vez impuestos. Y lo digo con ventaja. Yo fui condicionado sólo a través de la alteración de lo visual, pero ustedes tienen asociaciones entre imágenes mentales y sentimientos. Un rechazo inexplicable y profundo le nace al ser humano ante cualquier idea relacionada a algo traumático y, por el contrario, una fiesta de químicos se liberan cuando se percibe lo que se asocia a recuerdos placenteros.

Hizo una pausa y continuó:

-Estímulos. Simples estímulos. De esta manera se crea lo que será un mecanismo natural el que define qué es el bien y qué el mal. Qué es lo correcto. Cuál es la moral. Como ves, no hay una sino muchas morales. Muchas caras para una simple moneda. Y lo más extraño de todo es que todas son válidas y todas correctas. Todas desde algún punto de vista o cosmovisión tienen criterio. Verdades y mentiras a la vez. Múltiples dimensiones conviviendo en un espacio tridimensional. No hay nada más paradójico en la vida que la subjetividad.

Borja suspiró y, como recordando un asunto pendiente, miró hacia la casa que habían dejado:

-Vamos volviendo mientras seguimos esta charla -dijo, y los tres emprendieron el regreso-. Les decía que concretamente esta democracia es sólo un dibujo. La gente es manejada por completo para seguir con la farsa. Y tampoco es que fuera tan necesaria la pantomima esta, es simplemente una cuestión de costos. Si la persona sabe que es privada de su libertad, lleva muchísimas más intervenciones guiar su comportamiento. Hay motricidades del espíritu que son primarias y pelear contra ellas es más costoso aunque no imposible. Entonces, simplemente es más barato hacerles creer que son libres y eligen a quien decide por ellos.

13

La noche había caído espesa con un calor agobiante. Caminaron por el bosque y, luego, por las calles roídas mirando aquellas casitas cuyo revoque se había deshecho ya. Los techos tenían agujeros por las tejas caídas y las maderas partidas que estaban negras, por la humedad. Algunas edificaciones aguantaban un poco mientras que otras se habían convertido en ruinas. Entre todo el cemento habían crecido algunas plantas, arbustos y enredaderas. Era como si la naturaleza fuera poco a poco recuperando el territorio que había prestado alguna vez. Y entre todo aquello, gente. Personas que regresaban en procesión a los lugares que se habían vistos forzados a dejar. Eran personas-monstruo, reales, con las ropas sucias y rotas, algunos descalzos y otros con zapatillas o zapatos agujereados, feos. Laila los miraba y pensó que eran horribles y, a la vez, que se veían en paz en la oscuridad de esa noche, donde las lámparas aún no habían sido prendidas, bajo la luz de la luna en ese mundo abandonado y grisáceo. Caminaban todos tranquilamente, pensó que tal vez no les importaba el peligro que vivían porque cada día de vida era auténtico.

Se había perdido un poco en sus propios pensamientos y había dejado de escuchar el discurso de Borja que se había vuelto político y la aburría. Tal vez estaba condicionada para ello, pero al menos esa noche, con todo lo que cargaba su alma, no podía enfrentarse a eso. Así que simplemente se dejó llevar como fuera de sí misma hacia donde la llevara el destino. Dejó fluir el aire en los pulmones y se llenó de él. Relajó los músculos de la cara y levantó la vista al cielo estrellado, un cielo indistinto. Había estado allí siempre sin

importar qué sucediera sobre la faz de este olvidado planeta. La inmensidad la liberaba. Sentía cómo su alma se expandía sobre el universo y se fusionaba con él. Ella era el infinito.

Izan la tomó de la mano. Ella, perdida en sí misma, sintió el tacto tibio y rasposo. El sentimiento era extraño. No estaba segura de querer tener contacto con él y se rascó la nariz para liberarse. Izan, que pareció comprender el mensaje, metió las dos manos en los bolsillos del pantalón y continuó el viaje mirando hacia abajo, algo melancólico. Ella estaba confundida. No creía tener ninguna emoción por él, pero a la vez era quien la hacía sentirse cómoda. Él, que era horrible. O tal vez no lo era. Ya no le parecía estar viendo una entidad deforme que le revolvía el estómago. Era un ser feo pero, al mirar sus ojos enormes, la hacían sentir que tras ellos existía un espíritu sensible. Un ser que la amaba verdaderamente incluso viéndola desnuda, sin mejoras, con su rostro lleno de manchas, sus labios descoloridos e incluso con un cuerpo cuya forma era comparable a una tabla de madera, y sus piernas que al caminar temblaban como un flan con la piel poceada. Le costaba creer que quien la tuvo prisionera la hacía sentirse libre.

La noche, el calor, las ruinas, el discurso, la inmensidad, la luna, el miedo, la ansiedad y la calidez de Izan: todo se le revolvía en las entrañas mientras se movía hacia la casa hasta que finalmente llegaron. Borja cerraba su discurso con la idea de que había quienes manejaban todo, que dominaban la central de procesamiento y no tenían GUGL. Que ellos usaban al resto para conseguir lo que querían y se mezclaban entre ellos con libertad. Tenían el poder y la libertad de hacer lo que quisieran con la humanidad: una gran masa de esclavos felices y dispuestos. Mientras tanto, ella, ensimismada, miraba pensativa la puerta de la entrada en la que se había pasado llorando toda la tarde dominada por la impotencia y el terror. Ahora estaba tranquila y no

entendía qué había cambiado. Podía ser el hecho de compartir la huida, o quizás ver que aquella sociedad que creía ideal, no lo era tanto. Ese hecho la hacía ver las cosas diferentes. O tal vez era Izan. Sus sentimientos por él eran extraños. Indescifrables. No sentía esa atracción incontenible que había sentido antes, ni un deseo que la quemara por dentro. No. Era algo más profundo, una conexión diferente. Como si sintiera con él un nivel de familiaridad que no sentía ni con sus propios padres. Un rato más tarde, de vuelta en la habitación en la que había sido primero atada a la cama y luego encerrada, se sentó y miró la ventana rota por la que habían escapado. Parecía escuchar en su cabeza los golpes y los gritos. Izan y Borja la habían dejado sola y tuvo miedo. Estaba agotada pero no podía relajarse. Decidió tomar otra de esas pastillitas para calmarse y tratar de conciliar un poco el sueño. Sin embargo, la droga pareció no hacer el efecto deseado y sin poder dormir fue a la cocina a buscar algo para tomar.

Cruzando el pasillo vio a Izan con la mirada perdida y ambas manos sosteniendo una taza de café cuyo aroma flotaba en el ambiente y parecía trasladarla a lugares que nunca conoció. Al verla la invitó a acompañarlo. Se sentó a su lado algo nerviosa, pero no eran de esos nervios difíciles de soportar. Sentía que su organismo entero temblaba, pero a la vez no quería irse. Era como si se sintiera un poco tonta pero a la vez contenta y quería seguir en ese estado. Le preparó un café y se sentó frente a ella en la barra de la cocina. Sostenía su taza firmemente mientras apoyaba los codos en la barra. Hubo un silencio que se volvió incómodo por un momento.

-¿Cómo estás, Lai?

-No sé Es como si no fuera yo misma... Siempre pensé que somos la suma de nuestras creencias, reacciones y emociones, y ahora ya no conservo ni mis reacciones ni mis emociones y la verdad es que ya no sé en qué creo. No

tengo fortaleza para resistir nada, dependo de esta pastillita para mantenerme. Me siento perdida. Expuesta. Encima de todo, fea. Nunca pensé que sin mis mejoras fuera tan fea. Sabía que me hacían ver bien, pero nunca me había imaginado así a mí misma.

-No sos tan fea como pensás. Ciertamente no te ves como la mujer que proyectaste, pero esa es la verdadera deformidad. Sos real. Hermosa. No puedo más que perderme en tu sensualidad cuando estoy cerca tuyo.

Laila sintió una corriente eléctrica a través de su cuerpo:

-Prisionera hasta hace un rato. Sin bañarme hace días: el pelo desgredado, la ropa desgarrada. Si hay algo que no soy es sensual.

-Te veo y veo la grandeza de quien, al ser cuestionada en todos sus valores, tiene el valor y la integridad de ponerlos en tela de juicio. Veo un cuerpo que es hermoso por sus imperfecciones, una mirada que rebosa de ternura y la delicadeza de carácter para tratarme con respeto a pesar de todo. Tengo en la mente cada recuerdo de nuestros momentos juntos, del placer de tenerte pegada a mi piel, y quiero volver a esos momentos.

-No sé bien qué me pasa, pero en esta noche, en esta casa lejos de la civilización, te veo a media luz y la distancia entre el hombre que había amado y vos, se acortan. Me siento atraída a vos como si nada hubiera pasado en este tiempo. No lo pienso. No lo entiendo. Sólo sucede...

Ella hablaba y él le daba la vuelta a la barra mientras la escuchaba. Se acercó lentamente y la tomó de la cintura con ambas manos acercando su cara a la de ella. Los corazones latían al unísono y una masa de aire húmedo entre los labios de ambos se iba dispersando mientras se acercaban lentamente, hasta que se chocaron con la violencia que genera la pasión sin filtro. Envueltos en caricias y con los cuerpos hechos uno, se entregaron a un amor oscuro y profundo. Laila vivió ese encuentro con tanta intensidad y

pasión que estaba segura de no haber sentido antes algo así.

A través del trapo que colgaba tapando parcialmente la ventana rota, ingresó el primer rayo de sol de la mañana. Laila abrió los ojos y se encontró abrazada a Izan. Era menos atractivo que la noche anterior pero se sentía contenta de estar allí. “¿Vamos a terminar ese café?”, le preguntó, y él, abriendo los ojos con pereza, le dijo que sí. Se dirigieron a la cocina envueltos en la placentera locura que produce la oxitocina y hace ver el mundo con un filtro de belleza. Por primera vez para ella, el veneno del placer había sido bebido sin GUGL como aditivo. Laila miraba a Izan y le costaba entender por qué lo veía tan diferente. Disfrutaban el café como habiéndose olvidado por completo todo lo que había vivido hasta el momento. Olvidando por qué estaban allí.

Laila fue arrancada de su entresueño por los gritos punzantes provenientes de alguien en el exterior de la propiedad. Ambos se asomaron a ver. Era un hombre gordo, con pantalones cortos, una camisa ligera, ambos de tela limpia y con aspecto de nuevo. Tenía la piel rozagante y el pelo rubio corto. En el final de la nuca, su piel llena de pelos rubios hacía un pliegue formando un rollo antes de llegar a la espalda. Sus ojos eran claros y pequeños en comparación con la cara. Sus cachetes sobresalían como pequeñas montañas. La nariz era chiquita y derecha con la punta a la altura de los cachetes, como si los ojos y los costados de la fosas nasales se hundieran para dar forma a la cara. Tenía unos labios carnosos y bien rosados seguidos de una pera pequeña y una gran papada hasta la camisa, que se extendía a lo ancho hasta llegar al pantalón que quedaba

debajo y de donde salían dos pesadas piernas blancas. El hombre estaba solo, asustado, desesperado. Izan le dijo que esperara allí y comenzó a acercarse muy lentamente con las palmas de las manos hacia adelante en señal de paz. Se acercaban personas de todos lados con la misma modalidad. El hombre permanecía gritando horrorizado, parecía que cuanto más se acercaban más gritaba. Pegaba pequeños saltos sobre un pie y luego sobre el otro. Sacudía las manos como una persona que se quema con una fuente de horno. Cerraba de a ratos los ojos y luego volvía a abrirlos y mirar a su alrededor, y al hacerlo gritaba más fuerte y agudo, incluso cuando no parecía posible. Finalmente lo rodearon y entre todos lo abrazaron con firmeza para que no se moviera, y alguien sacó una jeringa y de un pinchazo se desmayó. Se lo llevaron algunos de ellos e Izan volvió con Laila, que estaba desconcertada. No sabía cómo reaccionar. Le preguntó qué había pasado, quién era ese hombre.

-Hay veces que la gente con GUGL viene sola para las zonas fuera de rango. No entendemos del todo por qué, pero parece ser un mal funcionamiento de GUGL. Cuando ingresan se desconectan y sienten el abrazo abrumador de la soledad. Luego, mientras viven una lucha interna por no conocer ese sentimiento, terminan por vernos a algunos de nosotros sin mejoras ni filtros. Se encuentran a sí mismos solos en un mundo rodeado de monstruos. ¿Te acordás de tu llegada a la zona fuera de rango? Fuiste viendo gente de a poco. Así y todo necesitaste sedantes a cada rato para no morir por el impacto. Con él pasa lo mismo, pero potenciado por la no planificación. Algunos entran y llegan a salir rápidamente pero quienes se pierden necesitan ayuda urgente.

-Pero ¿va a estar bien?

-Si llegó hasta acá es porque algo lo inspira a hacerlo, así que será un proceso como el tuyo o tal vez algo más largo, porque no hay nadie que lo conozca y lo ayude a atravesar

el proceso. Volvamos adentro, desayunemos bien y después descansá un rato porque hoy es un día bastante difícil para vos también.

Laila lo miró con intriga pero no dijo nada y entró. Se tiró en la que ya consideraba su habitación e Izan se fue. En soledad y silencio, no pudo evitar pensar en cosas que había olvidado preguntar. ¿Por qué estaba allí?, ¿por qué la arrancaron de su vida con GUGL? Y, más importante, ¿que sería de su vida de ahora en más? Todo eso le daba vueltas en la cabeza. El amor por Izan también. Por momentos estaba feliz de lo sucedido, porque le permitía estar con él, pero luego recordaba cómo era su vida antes cuando era feliz simplemente por no desear algo cuya existencia desconocía. Le arrancaron su felicidad. Cada tanto le resbalaba una lágrima por la mejilla, pero permanecía inmóvil, estática, en la cama. Se había aprendido cada mancha en ese techo lleno de humedad, cada hueco donde el revoque había caído. Miraba sin pensar en lo que veía pero a la vez había memorizado cada detalle. El aire era espeso y su respiración lenta. Se mezclaba la realidad con el sueño, por momentos su mente estaba lejos de la zona fuera de rango y repentinamente estaba de vuelta. Mientras los párpados se ponían pesados, se mezclaban imágenes reales con las que producía su inconsciente. Aparecía Izan con mejoras y luego sin mejoras. Distintas imágenes flotaban en el aire. Había vivido muchas emociones en estos días y muchas de ellas no habían sido placenteras. Estaba agotada sin importar lo que durmiera. Parecía haber pasado algún tiempo cuando escuchó el sonido de la puerta y luego alguien gritó su nombre. Era Borja. De un sobresalto se levantó y se dirigió a la entrada.

-¡Hola, Laila! Tenemos que hablar.

Se sintió algo incómoda al escuchar estas palabras. Lo miró con expectativa y le dio pie para que continuara:

-Tu llegada a este lugar tiene un propósito determinado y ya estás lista para saberlo. Fuiste elegida para una tarea. Esta comunidad la formamos aquellos que la fundamos gracias a la falla de GUGL, los que por error aparecen acá y los que nos son necesarios. Tanto vos como Izan fueron traídos con un motivo y es momento de que conozcas el tuyo. Tenés que volver, acomodarte en tu antigua vida.

La noticia fue brusca. Las palabras fueron pronunciadas con tanta determinación y rapidez que la sacaron violentamente de contexto. Se sintió agredida y utilizada. Tuvo miedo de aquel hombre viejo y canoso, que de pronto parecía tener la voz de mando de un general. Así y todo, decidió enfrentarlo. Tal vez ya había pasado tanto miedo desde que estaba allí que se había acostumbrado a él y nada le impedía medir las consecuencias de sus actos.

-No voy a hacerlo -dijo, caprichosa-. No soy un títere al que puedas mover de un lado a otro. Me arrancaste a mí y a Izan de una vida que pudo darnos la posibilidad de crecer juntos y formar una familia. Me encerraste. Me inutilizaste. ¿Y esperás que de la noche a la mañana juegue el papel que se te ocurre?

La cara de Borja se transformó de golpe. Era como si se hubiese visto teñida de sombras:

-¿Vos creés que soy yo quien utiliza y manipula? Naciste para ser controlada y controlar a otros. Ni siquiera podías percibir alguna duda ética al respecto. No tendrías la posibilidad de sentir nada con intensidad. Nunca hubieras podido amar de verdad a Izan. Y si hoy forman esa familia de la que hablás, va a ser con un manto de realidad que los proteja a ambos del designio del sistema. Hasta ahora te traté con cuidado, con delicadeza por tu adaptación, pero ya basta. No sos una nena y esta realidad no es idílica. Es cruda y duele. Nos duele a todos, pero no podemos sentarnos a llorar por ser víctimas. Tenemos que tomar las riendas y

enfrentarnos a lo que nos toca. Estás lista y necesito que tomes partido.

Laila sintió un poco de desconcierto ante la rudeza con la que Borja había expuesto sus argumentos. Pensó que tenía razón en que debería tomar partido y que ya no era una nena. Sin embargo, no sabía si estaba a la altura de sus demandas. Por más adulta que fuera, seguía sintiéndose igual, tenía miedo.

-¿Y exactamente cuál sería este propósito del que me hablás? -preguntó, intentando disminuir su incertidumbre.

-El plan es destruir la central de procesamiento -respondió, y dejó un espacio de tiempo en silencio como si terminara de revelar un secreto oscuro y de gran magnitud-. Tenemos mucha gente preparada. Te necesitamos en tu vida normal. Vas a ir a tu trabajo a diario y hacer lo que hacías siempre por un tiempo. En un determinado momento, te vamos a hacer llegar el dispositivo y luego bastará con que lo lleves con vos. Este aparato se conectará a la red y realizará su parte del trabajo sin que tengas que interferir, y lo mismo sucederá en simultáneo en muchísimos puntos. De esta forma, la central de procesamiento será desactivada y cada persona será libre y tomará sus propias decisiones. No sabemos verdaderamente cómo será la situación, en qué desencadenará, pero será sin anestesia. Cuando todo haya terminado, podrás hacer lo que tengas ganas, todo el mundo será una zona fuera de rango y vas a poder llevar una vida con Izan si lo deseas. Serás movilizada por tus propios impulsos y deseos reales.

-¿Cómo podría volver? Saben que desaparecí. Deben haber reportado la situación. Para este momento ya no existo allá.

-Tenemos muchos más colaboradores de lo que te imaginás. La gente que te conoce cree que fuiste seleccionada para una beca de formación en programación intensiva en el Instituto DM. A su vez, todas las alarmas de

desconexión fueron desactivadas por quien la ve. Él es un miembro de alto rango y no tiene GUGL. Es quien nos ayuda a llevar adelante esta operación. Bittor, de quien te hablo, es parte de la élite. No es controlado por nadie, tiene tanto poder como cualquiera de ellos –dijo, y esbozó una sonrisa sarcástica.

Borja prosiguió:

–Lo glorioso del ser humano es que cuando es libre puede direccionar su vida de un modo diferente a lo esperado. Él está en el comité que elige verdaderamente a quién pondrán de títere para gobernar. Toma decisiones respecto del destino a gran escala de la gente y dirige las pruebas AB, entre otras responsabilidades. Su curiosidad lo llevó a la biblioteca como a nosotros y hoy nos ayuda desde una posición privilegiada.

La idea de tener a alguien en un nivel de jerarquía tan alta respaldando la operación, le dio a Laila una sensación de respaldo, como si no fuera un bote a la deriva del que caería y se hundiría en lo profundo del océano. Había alguien que velaba por todos y por la continuidad de un plan mayor. Sintió alivio. Decidió que iba a hacerlo. Iba a ayudar con el plan. La conversación con Borja duró un rato más. En cuanto ella mostró determinación, el temple del hombre cambió nuevamente: pasó de la rudeza a la ternura. Parecía haberse encogido y ser una persona completamente apacible otra vez. Las palabras salían con mayor lentitud de su boca y sus ojos, que antes habían sido duros y con mirada penetrante, ahora se perdían dirigiéndose a la nada mientras hablaba. Sus dientes, que en cada silencio parecían estrujarse unos contra otros por la tensión que se veía a la altura de la mandíbula, simplemente se relajaron. Aquel hombre transmitía una energía completamente diferente.

Pasaron algunos días tranquilos. Había una causa por perseguir y hasta que el plan se pusiera en marcha restaba sólo esperar y repasar algunos detalles mediante charlas amenas y risas. Sus sentimientos por Izan crecieron exponencialmente. Lo admiraba, le parecía un hombre fuerte e increíble capaz de lograr cualquier cosa que se propusiera. Pasaban juntos la mayor parte del tiempo y su relación se afianzaba a cada momento. Era una relación extraña, se veían como eran en verdad: feos, sin reguladores de temperamento. Discutían con agresividad. La intolerancia se volvió un factor que no sabían manejar con precisión. GUGL regulaba tan bien el organismo y la percepción de la realidad que casi cualquier situación había sido tolerable hasta entonces, y en ese momento, sin él, todo prácticamente era irritante. Pasaban de una discusión virulenta y visceral a dejar fluir sin filtro el amor descontrolado que sentían. Durante las peleas intuían que poco a poco irían mejorando su relación y que el sentimiento que los enlazaba era más fuerte que cualquier otra cosa.

Borja, en cambio, iba registrando las reacciones violentas ante la frustración y sabía que era un problema. En una masa de gente pasiva y regulada, serían descubiertos con mucha facilidad. Una de esas tardes caminó por un pequeño sendero en un bosque tupido, donde al pasar las plantas lo cacheteaban. Iba siguiendo un camino angosto de tierra que por momentos se hacía borroso debido al crecimiento veloz de las plantas. A pesar de ello, parecía conocerlo de memoria. Habría caminado una media hora refunfuñando un poco por la picadura de los mosquitos y los molestos

choques de las hojas en la cara cuando el sendero terminó y llegó a su destino. El paisaje allí era encantador. Tras el último arbusto atravesado comenzaba un césped suave y perfectamente cortado que parecía acariciar el calzado al pasar. De fondo, había una mansión con paredes blancas decoradas con molduras de flores en algunas columnas y techo de tejas negras perfectamente colocadas. En el parque, se veían canteros con plantas exóticas, brillantes flores y frutos que parecían deliciosos y algunos árboles enormes con sombra tupida desparramados entre el gran terreno. Algunos eran de esos tipos de árboles cuyas raíces sobrepasaban el nivel de la tierra hasta por medio metro. Allí correteaba un nene de unos cinco o seis años de un lado para otro con gran energía. Trepaba las ramas hasta lo más alto que podía alcanzar y bajaba para correr al próximo árbol. Borja lo seguía con la mirada. Lo vio subirse en una hamaca que colgaba de uno de los árboles y balancearse frenéticamente de un lado a otro.

Parecía tener una vitalidad que escaseaba en los chicos de esa edad que él había conocido. Mientras se encontraba embelesado mirando la alegría de aquella criatura, Bittor apareció de repente tras él. Lo tomó del hombro y dijo: “¡Borja!, ¡qué bueno verte por acá!”. Borja se había dirigido allí a buscarlo, pero lo tomó por sorpresa y reaccionó con un grito que contuvo lo más que pudo y dio un salto corto hacia adelante llevándose la mano al pecho. Luego se giró para mirarlo y sonreír:

–¡Me asustaste!

–¡Me di cuenta! –dijo, y rió también–. ¿Cómo estás?, contame, ¿qué hacés por acá?, ¿cómo va el plan?

–Yo estoy bien, con mucha expectativa de lo que sucederá. Por ahora va todo según lo planificado. Estos chicos que te conté que estoy preparando, Laila e Izan, ambos van a retornar a su lugar de trabajo para seguir el plan.

-¡Excelente! Sus posiciones son fundamentales. Los puestos a los que tengo acceso están separados físicamente de la red de ellos, y sin atacar cada punto por separado la caída del sistema sería imposible. El plan se hubiera retrasado mucho tiempo hasta encontrar a alguien más que pudiera llevar a cabo el proyecto.

-Sí, pero te soy sincero, estoy preocupado. Ellos van a volver a un sistema cuyas emociones están reguladas. Ellos no tienen control. No llevan preparándose tanto tiempo como los demás y creo que van a detectarlos muy rápidamente porque el impacto social podría llegar hasta otros puntos de la red y generar alarmas sobre las que no tenés control. Puede que no lleguen a terminar su misión.

-Tenés razón. Voy a prepararles un programa personalizado. Sin filtros sensitivos, pero con un regulador de estrés para los posibles picos de tensión.

-No creo que Izan esté de acuerdo. Sobre Laila no sabría decirte, aún no percibo del todo si tomó partido.

-Ellos no van a saberlo.

Borja lo miró y pareció caer en la cuenta, al escuchar esas palabras, que él mismo podría haber sido controlado sin saberlo, pero fue una idea fugaz e inmediatamente se sintió un poco tonto por haberlo pensado. Miró al nene hamacarse y sonrió. Tanta vitalidad era inspiradora. Todo parecía posible. Charlaron algún rato en tono ameno y de la charla surgió el tema de la susceptibilidad de Laila por su reacción ante el avance de los militares.

-A propósito, ¿sabés algo de Peki? Se la llevaron y no la volvimos a ver -preguntó, con voz más lenta y grave.

-Nada concreto. Me enteré de que venían cuando ya era muy tarde para avisarte. Aparentemente está en un campo de readaptación social. Es muy triste porque era una mujer implacable y a la vez tierna. Tenía una personalidad única y

hermosa. Hoy quizá ya sea parte de la uniformidad de nuevo. No pude hacer nada para ayudar.

-Me da tanta tristeza... Todavía recuerdo cuando la encontramos hecha un bollo en la puerta de una casa colapsada. Su transformación fue hermosa, como si siempre hubiera sabido que su vida era más que lo que conocía. Se integró tan bien -suspiró-. Los cultivos eran su gran pasión y cocinaba con el alma.

Mientras hablaba su cuerpo se encorvaba sin que lo notara y su mirada oscilaba entre un horizonte perdido y el pasto que pisaban sus pies:

-Y eso no era todo, era una gran contribuidora de nuestra causa. Ante cada problema, proponía una estrategia salvadora.

Bittor asintió acompañándolo en sentimiento y se produjo un silencio que parecía de duelo. Los dos estaban en el inmenso jardín lamentando la pérdida de una parte de la familia. El trance se cortó por un grito del hijo de Bittor que jugaba indiferente corriendo de acá para allá. Borja agradeció la ayuda, se disculpó por llegar sin avisar y emprendió el regreso por aquel pasaje secreto.

16

Laila despertó esa mañana sabiendo que era el día que regresaría. La sensación era como haber subido a la cima de una montaña sin tomar conciencia de que la bajada sería vertiginosa y violenta. Se daba cuenta de que estaba al borde de una cornisa con sus piernas tensas y sus ojos fijos en el peligro del abismo frente a ella teniendo que dejarse caer con la esperanza de que el impacto no fuera mortal.

Sola en la habitación miraba las manchas que la habían acompañado aquel tiempo y pensaba si sería correcto formar parte de algo tan radical y de tanta influencia en el futuro de miles de seres humanos conectados a la central de procesamiento. Respiró hondamente e intentó no pensar. Si el destino era programado, entonces era mejor dejar al azar el resultado de esta operación. Por un momento, se le ocurrió que tal vez sus vivencias, incluida su llegada a la zona fuera de rango, era parte de su programación para cumplir la misión que tenía asignada. Ese pensamiento le revolvió el estómago pero, de manera contradictoria, le dieron más ganas de irrumpir contra aquel sistema que impedía la libre elección. Izan entró de pronto y la encontró con los ojos llorosos sentada en la cama, con las manos temblando sobre sus rodillas y su mirada perdida en el trazo de la ventana o la pared. Se acercó a ella y, sentándose a su lado, pasó su brazo alrededor de su cuello. Estaba tan perdida en sus propios pensamientos que sentir el contacto con él la hizo estremecer y se sobresaltó. Al reconocer que era Izan quien estaba a su lado, tuvo una descarga de llanto salvaje. Su cara se retorció involuntariamente y las lágrimas parecían ser inagotables: brotaban sin pausa: mojaron sus

cachetes hasta la comisura de sus labios y sentía el sabor salado en su boca. Izan la abrazó con fuerza y eso le dio más intensidad al llanto. Estaba exorcizando su terror. Lo estaba dejando ir a través de las lágrimas. Se sentía libre, aprisionada entre los brazos de él. La contenía. Un gesto tan simple y a la vez tan inmenso como un abrazo fue diluyendo aquel monstruo que la atormentaba en su interior. Lentamente una sensación de cansancio y tranquilidad fue tomando protagonismo. Con la respiración aún entrecortada, las lágrimas se fueron secando. Fue dejando ir el terror y poco a poco volvió en sí:

-No tengas miedo -dijo Izan finalmente, aflojando un poco los brazos que la habían sostenido con firmeza.

-¿Cómo hago eso?, ¿estás seguro de que lo que está por suceder es lo correcto?, ¿tenemos el derecho de tomar esa decisión en nombre de tanta gente?

-En cualquier revolución se toma este tipo de responsabilidad. No es fácil, pero si nadie lo hace, vamos a seguir siendo simples títeres programados.

Se sentía ya más tranquila y las palabras de Izan parecieron sensatas. Se quedaron juntos algunas horas hablando. Las charlas entre ellos eran cada vez de mayor profundidad. En pocos días habían llegado a conocerse más que lo que habían vivido en seis meses con GUGL instalado. Estaban sumergidos en un vaivén de ideas cuando llegó Borja interrumpiendo con su dosis de crudeza. Se generó un silencio tras el saludo inicial en el que las miradas se cruzaron. Ya estaba todo dicho. Laila se cambió y se puso la ropa con la que la habían traído. Estaba limpia y perfectamente doblada. Se acercó a Izan y, tomándole la cara entre sus manos, besó sus labios a modo de despedida. Luego miró a Borja quien, con un simple gesto, la invitó a seguirlo. Caminaron hacia la puerta y, cuando llegaron, Laila se tomó de uno de sus brazos y emprendieron la caminata de vuelta a la sociedad, en silencio. Era una tarde soleada.

Contemplaba al pasar las ruinas en las que vivían tantas personas sabiendo que volvería a una sociedad completamente diferente. Le llamaba la atención cómo la naturaleza se adueñaba de lo que le habría pertenecido en algún tiempo. Era un paisaje con un aire posapocalíptico que transmitía una paz y una belleza difíciles de explicar. Se metieron en un bosque de corta profundidad pero tupido, que hacía de límite entre los mundos, y Borja rompió el silencio:

-En cualquier momento, Bittor va a detectar que la señal de GUGL ya está en rango y va a activar las funciones básicas. Recordá que el resto cree que estuviste trabajando en otro lado. En unos días reaparecerá Izan también, van a poder estar juntos siguiendo el protocolo hasta que se realice la operación. Luego serán libres.

Laila escuchaba ensimismada y no emitía palabras. Ya al límite de la zona fuera de rango, ambos se frenaron. Lo abrazó con los ojos llorosos y dijo: "Nos vemos pronto". Luego dio la vuelta y salió de entre las plantas.

En un instante se activó GUGL y con él un bombardeo de correos, mensajes, posts, fotos y propagandas. El impacto fue violento luego de tantos días acostumbrada al silencio total. Por un instante creyó que se volvería loca, pero casi inmediatamente fue liberada una dosis de endorfinas que evitó que eso sucediera. Se activaron los mapas y las calles se llenaron de indicaciones, flechas luminosas y carteles. Era mucha información de golpe, pero se iba acostumbrando de nuevo. Comenzó a seguir las directivas para ir a su casa como un caballo con anteojeras. Sólo quería llegar. Se saltó la señal de selfie en una de las esquinas. Subió al aerobús, se sentó en la primera fila y se mantuvo todo el viaje mirando sus rodillas culposamente y sin prestar atención a nada de lo que la rodeaba. Recibió la indicación de bajar del transporte oportunamente y se paró con movimientos torpes. Caminó con su concentración fija en la línea verde. No veía ni calles, ni gente, ni nada. Se dejó llevar por una fuerza motriz, que no comprendía de dónde provenía, pero allí estaba, hasta que se encontró en su departamento. Se abrió la puerta e ingresó. Una vez adentro, respiró profundamente y llenó sus pulmones lo más que pudo y el dejar salir el aire luego fue una especie de liberación de tensión que ayudó a GUGL a hacerla sentir mejor.

Todo se encontraba tal cual lo dejó. Reconocía ese espacio como su hogar, pero se sentía un poco fuera de lugar, como si algo hubiera cambiado. Algo imperceptible pero presente. Se metió de una en la ducha y con el relajante sonido del agua cayendo intentó ignorar la vorágine de información que le llegaba, aunque algunos

posts y propagandas eran penetrantes e imposibles de omitir. El agua recorría todo su cuerpo y era placentero. Quería perderse en esa sensación, aislarse un momento en su mente de todo lo que había sucedido. Quería dejar atrás todos sus cuestionamientos respecto de la sociedad, la vida con GUGL o sin él, olvidar la zona fuera de rango, su secuestro y lo que se había comprometido a hacer. Quería olvidar incluso a Izan. Quería estar en la soledad de la ducha acariciada sólo por el agua y sentirse en paz. Así estuvo un largo rato hasta que su piel comenzó a ablandarse. Miró sus dedos arrugados y blancos, y supo que era hora de salir. Luego se desplomó en la cama con tal nivel de agotamiento que, incluso con todo el ruido infinito e incesante, se durmió profundamente.

Esa mañana despertó todavía aturdida. Tenía muchos mensajes de gente que recordaba vagamente. Comenzó a responder algunos en base a la historia que debía contar y fue a ver a sus padres a quienes había extrañado mucho. Verlos por primera vez sin filtro la impactó fuertemente. Eran dos seres totalmente distintos de los que vivían en su memoria pero era tan fuerte su necesidad de reconocer en ellos a sus papás que los evocó en su alma y la recorrió una emoción profunda. Los abrazó con lágrimas de alegría. Parecían haberse sorprendido más por tanta euforia que por verla de nuevo. El pico emocional de Laila fue regulado por GUGL y salió la primera selfie desde su regreso. Sus ojos aún estaban llorosos y su rostro por completo hinchado por el llanto y el estrés del día anterior. Sin embargo, sus padres al mirarla no lo veían. No notaban sus pelos despeinados, sus pecas, su postura. Estaba cubierta de mejoras y así la veían todos los amigos en LA RED. La foto sólo representaba una idea, un instante, algo que quería ser real pero nunca lo era. Como todas las imágenes e historias en ese espacio virtual, reflejaba sólo el deseo del ser humano de mostrarse mejor de lo que es y esperar las reacciones sinceras o no de los

otros, un instante de efímera fama que llenaba el ego de un vacío placentero.

Ese día lo pasó con ellos. Era un domingo idílico. Por momentos parecía que nunca se hubiera ido. Entre ellos todo seguía su curso, las mismas conversaciones, la misma calma siempre, la misma rutina. Era como si cada uno, aunque reunidos, estuviera aislado en una vida diferente. Laila los miraba estudiándolos, quería entender cómo sería su vida luego, cuando GUGL ya no influyera. ¿Cómo reaccionarían al impacto que ella vivió al verse tal cual es? Sabía que no podía responder, pero no podía evitar preguntárselo. Tal vez porque no estaba segura de hacer lo correcto. Los veía felices. Ella había sido feliz. Pensó luego en el amor por Izan. ¿Habría sentido algo así regulada por GUGL? Probablemente no. Llegó a la conclusión de que valía la pena sentir tan intensamente, incluso si el costo era matar esa pequeña vida anestesiadamente feliz.

Pasado el momento de cuestionamientos filosóficos que se hacía, volvió a su antigua rutina de navegar por LA RED. Le costaba admitirlo, pero una parte de ella extrañaba ver cosas de muro en muro, comentar cosas, publicar y recibir emoticones. También ver los momentos compartidos por sus contactos y hasta las publicidades le resultaban atractivas con su delicada elección de target. Poco a poco su estado de ánimo se fue transformando y se alegró. Miró el muro de Izan, el mismo que había visto infinidad de veces, pero esta vez era diferente. Lo veía sin el filtro de mejoras. Lo veía tal cual era. Era novedoso ver a quien amó en la zona fuera de rango y en LA RED como el mismo hombre. Verlo atractivo y sin maquillaje proyectual le parecía una paradoja.

La mañana siguiente debía volver a su antiguo trabajo. Ya había vuelto a acostumbrarse al ruido constante en su mente. Era algo que, después de todo, la había acompañado su vida entera. Apagó como siempre la alarma, desayunó rápidamente y salió. Caminaba siguiendo las flechas verdes

que indicaban amablemente dónde tomar el aerobús. A diferencia del día en que regresó, esta vez caminaba mirando todo a su alrededor. Veía a la gente. Muchas personas feas, monstruos. Cada uno de ellos estaba en un mundo propio y diferente al de ella. Una señora con amplia talla caminaba y posaba para la selfie con un microshort negro al cuerpo y un top fucsia con un labio brillante estampado en el pecho. Laila podía ver con toda definición la carne poceada de aquella mujer moverse como gelatina, los pelos amarillos pajosos a la altura de los hombros y los anteojos de sol sobre la cara cachetona. La miraba y pensaba cómo se vería en LA RED. Se imaginaba una mujer hermosa con un cuerpo increíble, como el de casi todos. Le costaba creer la distancia entre la mujer que posaba frente a ella y la que el resto veía realmente. De alguna manera siempre había creído que no podía alterarse tanto la percepción de quienes veían o tocaban a alguien maquillado. Y allí estaba frente a ella la crudeza de la realidad y la distancia con el mundo en el que vivía la mayoría de la gente.

18

Érica estaba sentada en su escritorio cuando llegó a la oficina. Parecía que antes de verla con la vista periférica ya estaba publicando en su muro “Volvió Lai!” y algunos corazones volaron en LA RED. Laila, algo abrumada, reaccionó con una carita sonriente y luego le dijo “Hola” en persona. Érica se dio vuelta y la abrazó como si la hubiese extrañado realmente aunque realmente no la había extrañado.

–Contame todo, ¡todo! ¿Qué hiciste?, ¿cómo te trataron?, ¿te van a llevar de vuelta? ¡Ay! ¡Qué emoción! No pudiste ni saludar de lo rápido que fue todo cuando te fuiste, pero ¡dale, contame! –dijo casi sin respirar.

Sus nervios se estremecieron tratando de pensar qué responder. Algo de endorfina ayudó al momento y habló suavemente:

–No puedo hablar mucho del tema, sólo te puedo decir que fue un buen trabajo y que me trataron bien. Más adelante probablemente tenga alguna otra asignación.

–¡Pero decime algo más! ¿De qué se trataba? ¡Te prometo que no cuento nada!

Las únicas herramientas que tuvo ante la catarata de preguntas fue dibujar una sonrisa cordial y bajar la mirada en silencio. Un rato más tarde se encontraba retomando su trabajo. Había sido continuado a la perfección. Su grupo ecologista iba perfectamente encaminado a su destino y las publicidades eran apropiadas. Algunas presentaban tanto ingenio que le daba algo de envidia. Había vuelto a lo que alguna vez fue su zona de confort y, por momentos, su mente se enfocó tanto en lo que hacía que olvidaba todo lo

ocurrido en ese último tiempo. Siempre era la cruda imagen de Érica la que al aparecerse frente a ella la traía a la realidad bruscamente con aquellos ojos saltones, gigantescos, dentro de su cara flaca y alargada, con pómulos duros y prominentes. Parecía que la piel descolorida se pegaba al hueso en aquella parte del rostro y su pelo lacio negro llovido hacia los lados era verdaderamente escalofriante. Si bien sabía que la Érica preciosa que había conocido no existía, no dejaba de resultarle chocante esperar ver a una persona y encontrarse con un espectro en su lugar.

Le costaba adaptarse, pero a medida que fueron pasando los días, se iba acostumbrando de a poco. Estaba volviendo a su rutina previa. Pocas veces a la noche, antes de dormir, se preguntaba si había sido verdad todo eso que creía recordar. Extrañaba algo a Izan, pero no estaba segura de que fuera como creía que lo extrañaría. Recordaba amarlo intensamente pero sentirlo era algo diferente. Era como el recuerdo de un sueño que se presenta con claridad al despertar. Uno sabe cada cosa sucedida en él, pero la percepción mientras se sueña es que la fantasía es real. En cambio, al despertar, la realidad vuelve a ser protagonista y sabemos que nada de eso sucedió. De una manera similar ella iba repasando esos recuerdos. Algunos otros días ya ni pensaba en ello. Estaba inmersa en su rutina con la única diferencia de que veía a la gente como era, de que la comida tenía el sabor que debía tener y si alguien no se bañaba no había amortiguadores para su olfato. Pero poco a poco todo eso se iba amalgamando con su nueva vida. Tal vez se hubiera olvidado de todo por completo de no haber sido porque esa mañana cuando cruzó la puerta de su casa, para ir al trabajo, Izan se hizo presente. La miró emocionado y la abrazó. Ella, aunque no había sufrido su ausencia lo suficiente, estaba muy feliz de verlo y se quedaron abrazados unos segundos, o minutos quizás, antes de

pronunciar palabra. Luego le dijo que la había extrañado y ella besó su mejilla varias veces y lo invitó a pasar mientras enviaba un mensaje a Érica avisando que estaba demorada. Entraron. Era la primera vez que estaban solos en un lugar acogedor desde que había sido liberada del control de GUGL. Él tenía la intención de hablar, pero ella, perdida en su remolino de emoción, no paraba de besarlo y acariciarlo hasta que Izan también se dejó llevar. Los dos estaban embrujados por el deseo y enredaron sus cuerpos como antes. Nada importaba más en ese momento. Extasiada, miró el techo y compartió el momento en su muro con una imagen de ambos y el texto “está de vuelta”. Él vio el post y le preguntó en persona por qué lo hacía mientras reaccionaba con un corazón en LA RED:

-¿Por qué hago qué?

-Publicar sabiendo que todo será destruido.

-La verdad no lo pensé. Llevo toda una vida compartiendo todo y es muy difícil no hacerlo, es casi instintivo, y la verdad, creo que es mejor publicar. Manejarme con naturalidad ayuda al plan.

-En eso tenés razón. Estamos listos. ¿Estás lista? - preguntó, y se giró en la cama y acarició sus cabellos despeinados mirándola con dulzura.

Se sintió poderosa, capaz de realizar cualquier tarea que tuviera que hacer y, envalentonada, respondió que estaba lista. Se levantaron y se vistieron. Laila se fue al trabajo y él debía arrancar al día siguiente. Llegó a trabajar y Érica le preguntó con gran ansiedad por Izan:

-¡Qué emoción, Lai! ¡Contame cómo estuvo ese reencuentro! ¿Te dijo en qué trabajó?

-¡El reencuentro genial! Cuando lo vi, fue como volver atrás estos meses y sentir nuevamente lo que sentí cuando estuvo acá. Creo que estamos programados para estar juntos. Somos tal para cual.

-¿Y del proyecto, qué te contó?

-No abrió la boca. Lo entiendo igual, es lo mismo que me pasa a mí. No puedo revelar nada de eso. Lo importante es que ya estamos de vuelta y podemos estar juntos -dijo con el propósito de convencerla. A la vez tenía algo de esperanzas de que luego de que pasara lo que fuera que tuviera que pasar, podría convertirse en realidad.

Había llegado el momento. Izan le dio el dispositivo que debía llevar y él tenía el suyo propio. El aparato iba pegado a una costilla en la parte derecha de su cuerpo. Era indistinto donde fuera siempre que estuviera lo suficientemente cerca de su terminal de trabajo para que pudiera interfacear con la central de procesamiento. Ambos se encontraban en sus puestos de trabajo siguiendo su rutina y esperando que todo sucediera. Una vez que todo terminara, deberían correr en el caos provocado y deshacerse del dispositivo. Sólo restaba esperar. Se miraban a cada rato y sus corazones se aceleraban. El tiempo se volvió chicle y se estiraba cada segundo en una tortura de ansiedad interminable. Laila sintió un escalofrío premonitorio. Estaba sucediendo. Se apagaron todas las luces y la máquina frente a ella generó imágenes extrañas, incomprensibles. LA RED se cayó. Se escucharon gritos provenientes de todos lados. Pudo ver a Érica correr desesperada y quiso ayudarla. Se dirigió hacia ella, pero un brazo fuerte la sostuvo: Izan, recordándole que debían escapar. Lo intentaron, pero no resultaba tan simple sin luz. No solo no se veía nada más allá de un metro de radio sino que las puertas no abrían. Todos corrían como locos hacia ningún lugar. Algunos caían al piso y abrazaban sus rodillas consumidos por el terror. Se sintió culpable. Ella era responsable de lo que estaba sucediendo. Se largó a llorar desconsolada ya sin ayuda de GUGL. Izan la abrazaba, pero no parecía ayudarla en nada. Se sacudió como loca hasta que cayó desvanecida. Previo a perder la conciencia, pudo

ver gente (con trajes especiales y luces en ellos) aparecer de la nada. Algunos se acercaron a ella y otros a Izan. Los demás se iban dispersando en el piso completo y su última imagen fue el regreso de la electricidad. Mientras veía todo volver a la normalidad, le inyectaron algo y la imagen se fue disolviendo así como su conciencia hasta que todo se volvió negro.

19

Cuando despertó, todavía algo mareada, se encontró en una especie de sala de hospital. Se encegueció levemente por dos luces circulares fuertes que le apuntaban obligándola a mover la vista. Notó las paredes blancas e impecables, todo parecía estéril. Había sensores en su cabeza y cuerpo que enviaban datos a algunas máquinas y algo, que aparentaba ser un suero, estaba conectado a su brazo. Habían cambiado su ropa y las sábanas estaban perfectamente limpias y prolijas sobre ella. Se inclinó para ver un poco más a su alrededor y en la puerta vio a un hombre con guardapolvo que, apenas la vio levantar su cabeza, se acercó a ella velozmente:

-Decime cómo te llamás -preguntó, abriéndole el ojo izquierdo e iluminándole la pupila con una linterna.

-Laila.

-Bien, ¿sabés qué te pasó?, ¿por qué estás acá? -volvió a preguntar, y cambió de ojo.

-No, supongo que hubo algún problema con la electricidad y la luz. Algo pasó con nuestras conexiones, todos comenzamos a sentirnos mal y me trajeron acá -dijo aunque sabía que era su culpa aquello que había sucedido. El hombre anotaba alguna información mientras ella hablaba. Al terminar de pronunciar aquella mentira, un calor recorrió todo su cuerpo y casi instintivamente llevó una mano al sector de su cuerpo que tenía el dispositivo. Ya no estaba allí.

-Tranquila, Laila, la electricidad volvió dado el sistema de emergencias, y la desconexión de la red fue instantánea, pero estás acá, como todos, por precaución, para que

puedas soportar el estrés y la ansiedad que generó ese corto lapso de tiempo.

Abrió sus ojos grandes mientras lo miraba extrañada. Parecía no saber que ella era responsable por aquello que había sucedido. ¿Quién lo sabría? Si el plan había fallado, ¿qué harían con ella? Se iba perdiendo en preguntas que desencadenaban terror cuando otro hombre, vestido normalmente, sin delantal, se acercó a su camilla.

-Laila, un gusto conocerte personalmente.

No sabía quién era aquel hombre, pero su intromisión la sacó de contexto. No seguía un hilo de pensamiento concreto, pero supo preguntar: "¿Personalmente?", y el hombre parado frente a ella cruzado de brazos respondió: "Soy Bittor", mientras la miraba con la cabeza torcida. Sintió un gran alivio al escuchar su nombre. Él tenía el poder de salvarla y lo había hecho. Comprendió por qué no llevaba ya el dispositivo en el cuerpo y por qué aquel que la asistió hacía un momento no sospechaba nada de ella. Había sido salvada. Se dejó caer en la camilla, respiró hondamente y, cerrando sus ojos, relajó cada parte del cuerpo. Estaba completamente tensionado en su totalidad, pero no lo había notado hasta aflojarse.

-Gracias, sé que me salvaste de que supieran quién soy y por qué falló la red. No entiendo por qué volvió a funcionar todo, ¿fracasamos?, ¿e Izan dónde está?, ¿está bien?, ¿lo salvaste?

-Él está bien. Esto es complicado de entender, pero no fracasamos, al menos no con el objetivo real de todo esto. De todas maneras vos tomalo con calma, cumpliste bien tu papel. Dentro de poco vas a volver a tu vida normal programando y no vas a recordar nada de todo esto.

-¿Cómo no lo voy a recordar?, ¿qué querés decir?

-Vos conocés cómo funciona la empresa para la que trabajaste tantos años, ¿verdad?

-No entiendo a qué te referís.

-Bueno, te voy a contar la primera parte, la más simple de entender. Se corren simulaciones sobre el comportamiento social estudiando las tendencias que tienen los individuos como tales y en su conjunto: el comportamiento de masa. Todas y cada una de las simulaciones corridas para este último dan por resultado una rebelión social. Ésta desemboca en la ruptura de la sociedad y una involución de un milenio tras la revuelta - hizo una pausa y continuó-. Por suerte, con el avance tecnológico, ya podemos detectar indicios en el comportamiento de resistencia a los programas asignados. Vos lo sabrás bien.

-La programación no es una ciencia exacta al ciento por ciento, hay probabilidades y márgenes de error, pero por eso nos movemos tomando en cuenta esos datos. Los resultados están siempre dentro de los porcentajes esperados en el total de la población.

Bittor hizo una mueca con la boca con algo de altanería y respondió:

-¿Quién determina que esos porcentajes esperados son los deseados en verdad, o que con esos números se garantiza la paz social?

Laila no podía responder. Eran datos, objetivos, números que le eran provistos y que ella ejecutaba con plena confianza en el sistema.

-Esos porcentajes fueron cambiando en las últimas centenas. Es por eso que la cúpula de esta sociedad, aquellos que dirigimos el destino de la humanidad, comenzamos a estudiar el comportamiento en mayor nivel de detalle. Pudimos detectar estos indicios de los que te estoy hablando. Gente que parece inmune a la propaganda, personas que aprendieron a ignorar las redes de tal forma que parecen no existir. Otros tienen la habilidad de regular sus emociones con gran facilidad y GUGL termina por no

actuar simplemente porque no es necesario. ¿Nunca viste acaso uno de esos “prodigio” que pueden ubicarse perfectamente sin el mapa? Simplemente saben dónde están por memoria visual de cada lugar que recorren, sumado a un sentido innato de orientación. Es como si en sus cuerpos hubiesen crecido brújulas. Son más difíciles de trabajar. No podemos orientarlos, y el nivel de cuestionamiento en ellos va creciendo con la edad hasta que en algún momento de sus vidas se rebelan ante nuestro pacto social. Así es que nos pusimos a trabajar con ferocidad en el tema. El orden preestablecido es nuestra fuerza como raza. Nos permite avanzar. Es lo que logró que ya no exista la violencia que hoy es perfectamente canalizada entre la realidad virtual que proveen los juegos y los reguladores de emoción de GUGL. Es lo que nos permite ir por las calles y ya no ver niños desnutridos, mal vestidos y sucios en un medio de transporte repartiendo estampitas o vendiendo chucherías. Es nuestro control de natalidad el que determina que ya no falte el agua o la comida para todos, el que garantiza que cada bebé que llega a este mundo tenga una vida feliz. Es nuestro control de emociones y la programación los que hacen que todos y cada uno de nosotros nos sintamos realizados. Amamos lo que hacemos. Pero este orden y progreso que logramos como especie desde la razón, hoy es puesto a prueba por nuestros propios genes que tienden a romper con lo establecido y, luego de miles de simulaciones, pudimos encontrar una solución a esta primera parte del problema. Si la revolución es inevitable, es inútil intentar que no suceda. Es como querer frenar la fuerza del río de deshielo que come la montaña misma para seguir su camino. Simplemente no se puede. La única posibilidad es encauzarlo, dirigir esa potencia para que sea liberada de manera segura. Así nacieron las zonas fuera de rango. Así se creó a Borja y a tantos otros cuyo GUGL no interfirió. Ellos serían los pioneros. Aquellos que liderarían un plan destinado al fracaso. Borja, con toda su

ingenuidad, cree en la libertad porque fue programado para ello. Una programación sutil que arranca por la intromisión al mínimo de GUGL, que no no funciona mal como él cree. Funciona correctamente y sólo fue activado cuando se necesitó para que siguiera su sendero. Vio la biblioteca la primera vez y se llenó de emociones inducidas, la veía gloriosa y brillante, y no como el viejo edificio corroído por los años y la humedad que en verdad es. El placer de la lectura también fue generado artificialmente ya que no podría tenerlo de manera natural. Hoy por hoy no existe humano que pueda vivir de la manera que se vivía antes. Cuando dejamos atrás eso de caminar apoyando nuestras manos en el piso y adoptamos la postura erguida, ya no fuimos capaces de correr como lo hacíamos antes. Nuestras extremidades fueron más cortas y nuestras manos propensas a heridas. Sin contar con que ya no es natural para uno ese tipo de movimientos. No está en la información genética realizarlos. Se llama evolución y nuestra siguiente fase en ella fue incorporar la tecnología a nuestra fisiología. Es irreversible. Es una utopía imaginarnos volver atrás sin que mueran millones de personas. Conscientes de eso organizamos la revolución. Una revolución eterna y siempre inminente. Por momentos dejamos que se acerque al éxito y, en el momento correcto, ocurre alguna repentina e impensada falla frustrando el plan de manera inesperada. Como la falla que frustró el plan del que fuiste partícipe.

Hizo una pausa pensativa y continuó:

-Esto responde tu pregunta sobre el porqué de que todo vuelva a funcionar. Porque estaba preparado para ser así. Mañana Borja conocerá que hubo un sistema de seguridad, desarrollado por una parte de la empresa sobre la que no tengo control o conocimiento alguno, que se disparó inmediatamente al apagarse la alarma. Mañana mismo comenzará un nuevo plan, una nueva infalible estrategia que tirará abajo el oscuro y terrible sistema de esclavos en

el que vivimos. Y allí terminará cada persona con indicios de rebelión, enviados a las zonas fuera de rango donde sus GUGLs se apagarán, donde Borja o algún otro igualmente entrenado los incluirá a esta gran movilización que canaliza la potencia interna que los mueve sin que lo puedan entender y luego, una rebelión tras otra, como válvula de escape en una de las viejas ollas a presión. Sin ella estamos condenados a involucionar.

Bittor hablaba ya sin hablarle a ella. Parecía sumido en su propia narrativa sin poder dejarla, como una adicción que iba consumiendo su mente y no podía detenerse. Era una verborragia filosófica que lo movía de un lado al otro de aquella sala de médicos. Miraba el techo mientras lo hacía, sacudía los brazos gesticulando como si hubiera un anfiteatro de alumnos tras él escuchando su cátedra:

–Podría pensarse que nuestro accionar para encauzar este río también habría aparecido en antiguas simulaciones. Inevitablemente, un grupo de personas velaría por el progreso. Sucedería de todas formas tal cual está sucediendo hoy una vez más.

Laila lo miraba en silencio. A cada palabra que él pronunciaba sentía que el pecho se le estrujaba, como si una mano invisible atravesara su caja torácica y retorciera su corazón. El aire no fluía a sus pulmones. Por su mente flotaba la idea de que había sido despertada de una realidad ficticia al desconectarla de GUGL. Eso la había sacado de eje, pero se había sentido fuerte de poder asumir la verdad. La verdad original y la nueva verdad ya no eran verdad, todo era más falacias y había una nueva realidad. Tras aquel pensamiento vino un momento de negación en el que su mente se iba a lugares que la hacían feliz y su conciencia no recibía la información que Bittor escupía con virulencia. Pensaba en Izan, su amor incondicional. La había amado con mejoras y luego habiéndola visto como monstruo. Le había dado las fuerzas para enfrentar la verdad sin filtros, al

menos aquella que creyó que era la verdad. ¿Dónde estaría él? Estaría pasando el mismo proceso que ella. En alguna otra sala de enfermería, con poca energía y algo sedado. El dolor en el alma que sentía era poco descriptible y poco tolerable también. De pronto, un impulso la llevó a preguntar:

-¿Yo mostré indicios de rebelión?, ¿por eso me mandaron a la zona fuera de rango?

Bittor interrumpió su trance un momento y, como recordando que le hablaba a ella, sonrió diciendo:

-No. Vos sos tan perfectamente moldeable como cualquier persona promedio. El problema es que hay un proceso evolutivo que se lleva adelante todo el tiempo. La válvula de escape funciona a presión constante, pero no es constante sino creciente. En el corto plazo estamos bien, pero necesitamos reducir la tasa de crecimiento de rebeldes y de lograrlo, podemos eliminarla completamente. Es de esa estrategia de la que te tocó formar parte. Tratá de dormir un poco. Cuando todo esto termine vas a volver a tu vida antes de todo esto. No vas a recordar nada.

Mientras decía esto, intentó acariciar su cabeza y Laila, reticente, se tiró hacia atrás con brusquedad. Él volvió su mano a su bolsillo y sin decir más nada se fue de la habitación. La dejó con sus fantasmas en la mente merodeando sin descanso. Su ritmo cardíaco comenzó a subir y lloraba sin emitir sonidos. Sus lágrimas rodaban por un rostro paralizado. ¿Dónde estaría Izan? Con su identidad puesta en juego ya muchas veces, pensaba sólo en escaparse con él. Tal vez más allá de las zonas fuera de rango hubiera otra cosa, algún lugar lejos de todos donde ya no pudiera pasar nada de esto. Una vida simple con el hombre que amaba hasta morir juntos. Estaría en una cama como ella tal vez. Tenía que encontrarlo, rescatarlo. Era la única forma de que él la rescatara del olvido que Bittor le había prometido. ¿Se referiría acaso a toda su vida?, ¿a este

último tiempo?, ¿a Izan? Tal vez era bueno olvidarlo todo. Al negar lo sucedido se iría el dolor que se adueñaba de ella. No sabía bien quién era ella o si alguna vez había sido alguien. Una copia impresa a la perfección por la maquinaria social. Había sido siempre lo que se esperaba de ella, ni siquiera su rebeldía era real, según Bittor no tenía esa capacidad. Simplemente había sido arrastrada, tal vez por error, a una revolución de mentira que había arruinado su ensueño. No había sido buena en nada de lo que había intentado. Tal vez era mejor no saberlo, borrarlo todo, olvidarlo, despedirse de la existencia de Izan. No. No podía hacerlo. No podía olvidarlo. Prefería intentar una vida construyéndose nuevamente a sí misma sin GUGL y con él a su lado. Una fuerza la movilizó a buscarlo y comenzó a sacarse todas las vías de los brazos. Se sentó en la cama y se bajó sin permitir que los mareos la detuvieran. Se sostuvo de los bordes hasta que se sintió en equilibrio y comenzó a moverse hacia la puerta. Escuchó voces y pasos acercándose. Se quedó apoyada contra la pared en silencio. Los pasos parecieron detenerse. Aquellos hombres frenaron allí. Una voz dijo:

-¿Estás seguro? -parecía la voz de Bittor-. No sé si sea el mejor momento para verla, no creo que pueda procesar tanta información.

-Tengo que hacerlo -dijo el otro hombre, y Laila reconoció inmediatamente a Izan en su voz.

Movilizada por un impulso irracional salió de allí y corrió hacia él. Se sorprendió al verla correr por aquel pasillo tambaleando y empapada en llantos, con sus brazos abiertos para abrazarlo. Le devolvió el abrazo y no dijo nada. Bittor estaba allí de espectador pero Laila no podía verlo, su mundo era Izan nada más. Estaba allí para salvarla una vez más. Pasaron unos minutos abrazados y luego él comenzó a decirle que se acostara y que se dejara colocar las vías nuevamente, que necesitaba la medicación. Para aquel

entonces algunos enfermeros la rodearon para asistirla a volver a la cama. Los miró como si no comprendiera qué pasaba mientras la arrastraban. Izan la acompañaba diciendo que iba a estar a su lado todo el tiempo. Que estuviera tranquila. Dentro de poco todo se iba a terminar. Se acostó nuevamente y conectaron todos los monitores y vías a su cuerpo otra vez. Izan estaba con ella como había prometido y eso la tranquilizaba. No entendía por qué estaba tan bien si había sido parte del mismo destierro social que ella. Intuía que no quería saber y prefería sólo disfrutar de su compañía. Cuando estuvo acomodada nuevamente, los enfermeros se fueron. Bittor habría estado en el pasillo porque en la habitación estaban ellos dos solos.

-Estoy en una disyuntiva. Sé que tengo que mandarte al tratamiento de olvido pero no puedo hacerlo, me enamoré de vos. No puedo soportar la idea de no ser alguien en tu vida.

Esa pequeña esperanza que Laila había abrazado hacía un instante, se disipó ante la brutalidad de lo real cuando escuchó "tengo que mandarte":

-¿Tenés que mandarme?, ¿qué querés decir?, ¿vos sos parte de todo esto? -dijo alterada, y comenzó a mirar para todos lados y moverse compulsivamente. La contuvo con sus brazos y le pidió que confiara en él, prometió que le diría toda la verdad y estarían por fin juntos cuando saliera de allí, que ya todo había terminado. Se dispuso a escuchar sin confiar demasiado en sus palabras.

-Primero tengo que contarte a qué me dedico. Trabajo con Bittor en un proyecto especial respecto de los rebeldes. Nuestra sociedad peligra. La tasa de rebeldes crece de manera exponencial, necesitamos entender qué funciona mal para poder revertirlo.

-¿Vos también sabías que íbamos a fracasar? ¿Me sacaste de mi vida a las zonas fuera de rango sabiendo qué destino me esperaba todo el tiempo? -preguntó, y bajó el tono de

voz, y de pronto el tono ya no era de pregunta, era como si fuera procesando cada una de las implicancias de las palabras de él-. Dejaste que fuera con ese dispositivo sin reguladores de emoción sabiendo que pude morir por el estrés.

-La intención no era dañarte, tan sólo era una prueba.

-¿Cómo “una prueba”?, yo no tenía indicadores de rebeldía. ¿Por qué me hiciste esto?

-Sabés cómo funciona nuestro departamento. Somos científicos. Necesitamos validar nuestras hipótesis para trabajar y fuiste parte de esa validación. Sos portadora de un gen, Lai, un gen que creemos que es el causante de la no adaptación social. El mismo se encuentra en todos los casos que tuvimos que enviar a las zonas fuera de rango, pero no se termina en ellos: hay una parte importante de la sociedad que lo posee. Pensamos que contiene información antigua acerca de cómo se vivía sin la tecnología y despierta un instinto de rebelión bajo la influencia de un disparador que aún desconocemos. Suponemos que aquellas personas con el gen, al ser extirpadas de sus programas, presentan un comportamiento socialmente destructivo, como el que vos presentaste. ¡Ibas dispuesta a desconectar a todos los seres humanos, Laila!

-Sí, pero hoy son cuerpos sin alma que se programan para realizar las tareas que se les asigna!, ¿cómo podés decirme que yo soy la destructiva?

-Todos aquellos sin gen que fueron puestos en la misma situación que vos, no pudieron soportarlo, volvieron escapando de aquel lugar que le era insoportable a la sociedad, y tuvieron que ser reconectados antes de las cuarenta y ocho horas. Se borró esa horrible experiencia de sus memorias y sus vidas siguieron sin alteraciones. Si el plan hubiese sido exitoso, habrías terminado con la sanidad mental de más de la mitad de la población. Este experimento que nos vimos obligados a hacer requería del

estudio de individuos y fuiste elegida para ello. Tu destino, ahora que terminó la prueba, era borrar tu memoria y reinsertarse en la sociedad como antes.

-Hacelo entonces. Toda mi vida en muchos niveles se convirtió en una mentira. Ya no conozco la realidad. Creía que al menos había conocido la intensidad del amor en plenitud pero es una mentira más.

-No lo es. No puedo seguir con ese plan porque no puedo soportar la idea de que ya no sepas quién soy. ¡Laila, por favor! ¡Escuchame! Me enamoré de vos y no quiero perderte.

-GUGL. La realidad. La red. Evolucionamos como especie. Evolución. Males erradicados. Control de las personas.

-¡Laila! -gritó ya con desesperación-, ¡podemos estar juntos!, ¡necesito que estés conmigo! -le dijo, y comenzó a zamarrearla desde los hombros. Ella no lo miraba, seguía ensimismada en sus pensamientos.

-Amor. ¿Quién me ama? ¿Qué es el amor? Sólo otro programa. Yo programo. Soy programadora. Soy rebelde -dijo, y su mirada se iba perdiendo en el cielorraso-. Destrucción social. Flores. Estrellas nocturnas. LA RED. Personas como estrellas conectadas por líneas invisibles. Mejoradas y brillantes.

Las máquinas a su alrededor tiraban alertas. Algunos médicos se acercaron y lo separaron de ella:

-Conexión. Las personas ya no estamos solas. Silencio.

Ya no pronunció nada más e Izan la miró con lágrimas en los ojos. Siguió la camilla mientras se la llevaban. Bittor lo detuvo en la puerta:

-Ya no se puede, hay que proceder. Está colapsando.

Pasaron algunas horas. Tanto Bittor como él esperaron pacientes en algún pasillo hasta que finalizó el procedimiento en el que se dejaban ir los fragmentos indeseados de memoria.

-¡Hola a todos! Veo en mi historial que hace rato no comparto nada con ustedes. Esto de programar parece que nos toma la vida. Estoy camino al trabajo siguiendo un sendero de flechas brillantes que resultan maravillosamente simplificadoras del problema de llegar de un punto a otro. Un punto es mi destino y el otro... -hizo una pausa-. Es un lugar diferente, no hay luces allá. Pero estas flechas y el mapa que se despliega en mi cabeza, borran de mí esa sensación de perderme. Nunca podría perderme porque tampoco estoy sola. Por suerte están todos allí conmigo. Conectados. Aunque de donde vengo no hay gente conectada. Estoy llegando. Bajo de un aerobús gigantesco. Toda la gente es hermosa y sonreímos al pasar. Todos nos tratamos bien. Es nuestra naturaleza. ¿Lo es? Sí. Somos gente genéticamente buena. El resto nos ayuda un poco con algún estímulo al cerebro. Llegué. Estoy en un lugar sin tiempo. Las paredes roídas y las calles amohosadas. La gente es fea acá. Violenta. Tengo que programarlos. ¿Por qué no responden? Tengo miedo. Se me acercan. Son monstruos. Son deformes. Tienen formas desproporcionadas y asimétricas. Tienen la piel manchada. Algunos están rodeados de una masa blanda que rebota cuando caminan y otros parecen esqueletos. Están gritando. Pasan y me miran con odio. Creo que me van a lastimar. Me calma una serie de tubos conectados a mi cuerpo. Ya no tengo miedo. Hay un hombre-monstruo que me quiere. Me gusta. La oficina es fascinante. Todo parece impoluto. Blanco y vidriado. Algunos detalles en aluminio. Un gran cubo con caras de diferentes colores gira y la tierra en su centro cambia de colores. Cada

color muestra una tierra diferente. Todas diferentes y todas la misma. No podemos verla sino a través de un filtro. Cada filtro es único. Cada color con el que vemos resalta algunas cosas de la realidad y oculta otra. Cada persona está programada con un filtro. Maravilloso filtro. La realidad es la que yo quiera que sea. Yo soy programadora. Tantas realidades y una única realidad que nos es inalcanzable. No podemos sacarnos ese filtro. Ese color que nos define. Nos estampa el alma. Hay un estampado en cada overol que nos marca la empresa. Tenemos allí una gran tarea por delante. Hay que matar un gen. Hay que matar lo humano. Hay que filtrar gente. Hay que sobrevivir como raza. Salvamos miles de vidas (que no nacieron) de vivir en la miseria. De volverse psicópatas. De la infelicidad. Todo está perfectamente planificado. El sistema es infalible. El sistema es tan perfecto que planifica sus propias imperfecciones. Estoy programada para programar el sistema. Voy a trabajar. Hace rato que no comparto nada, ¿no? Se ve que programar es algo demandante...

Izan miraba a través de una pequeña ventana a Laila dentro de las cuatro paredes acolchadas blancas que la rodeaban. Su cuerpo envuelto en ropa con ataduras impedían que se moviera. En el rincón, en posición fetal, balbuceaba constantemente, a veces incoherencias, y otras, profundas reflexiones. Bittor se le acercó con una taza de café.

-Había chances de que sucediera esto. Los médicos dicen que no puede detectar en dónde o en qué momento de su vida se encuentra. Si está conectada o no a la red. Sin embargo, lo triste es que sigue hilos de razón. No va a poder dejar nunca este lugar. Lo importante es que no fue en vano. Ella permitió resolver el misterio. Hoy mismo pusimos en marcha el programa de control de natalidad para los portadores del gen. El último cabo suelto. En una o dos generaciones ya habrá desaparecido por completo.

-Lo sé. De todas formas, había algo en ella que la hacía especial. Tal vez era mi propio deseo, proyectado en ella, de que fuera distinta.

Se quedaron un rato mirándola con alguna nostalgia, en silencio. Bebieron el café de a sorbos espesos y luego ambos abandonaron el lugar.